

JORNADAS

4I

ROGER CAILLOIS



Ensayo sobre el espíritu de las sectas

308
J88
No. 41
Ej. 1

EL COLEGIO DE MEXICO
Centro de Estudios Sociales

EL COLEGIO DE MEXICO

SEVILLA, 30

MEXICO, D. F.

JUNTA DE GOBIERNO

Alfonso Reyes, *Presidente*; Eduardo Villaseñor; Gustavo Baz; Gonzalo Robles; Enrique Arreguín Jr.; Daniel Cosío Villegas, *Secretario*.

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES

Director: Dr. José Medina Echavarría

CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS

Director: Dr. Silvio Zavala

SE

308
J88
No.41
ej.1.

75351

Caillois, Roger.
Ensayo sobre el espíritu
de las sectas.

Direct

ños.

(Toda

F.).



lg.

Fecha de vencimiento
BIBLIOTECA DANIEL COSIO VILLEGAS

320/cn
c

DEVUELTO

DEVUELTO
20 MAR 2007

DEVUELTO
27 SET 2007

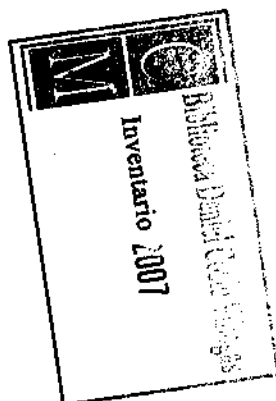
EL COLEGIO DE MEXICO

308/188/pp. 41



3 905 0013962 6

13787



JORNADAS, órgano del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, nació al calor de un seminario colectivo sobre la guerra que celebró dicho Centro en 1943. La publicación se prosiguió durante los meses siguientes para reflejar la labor realizada en otro seminario sobre los problemas de América Latina. Cubiertas estas dos etapas, JORNADAS va a convertirse ahora en lo que había de ser desde un principio: en órgano expresivo permanente del Centro de Estudios Sociales del Colegio y no ya sólo de actividades circunstanciales suyas.

Ante el nuevo carácter de JORNADAS, conviene fijar en breves palabras el sentido que quiere imprimirse a la publicación, las razones que empujan a emprenderla.

Es un tópico que ha llegado ya de los círculos científicos a los medios populares, que nuestro siglo es o debe ser el siglo de la ciencia social, por razón del desequilibrio hoy existente entre nuestro saber científico sobre la naturaleza y nuestro saber científico sobre el hombre y su actividad. Los resultados de la labor de las pasadas centurias, especialmente de la última, en el dominio de la ciencia natural, son hoy tangibles para todos y le han otorgado a nuestra vida un poder sobre los fenómenos naturales como nunca antes se soñara. En cambio, el pensamiento racional y científico apenas comienza a conquistar lo que nos es más próximo: nuestra propia vida y su organización. Los acontecimientos actuales prueban de qué manera el dominio de la naturaleza, la ciencia y la técnica, se frustran y son adversos al hombre cuando éste no maneja todavía otros instrumentos que guíen su propio destino. Nada más necesario hoy que el tratamiento científico, es decir, racional y objetivo, de las cuestiones humanas, pues el futuro de nuestra civilización, de toda posible civilización, en las presentes circunstancias, depende de que se puedan dominar, o no, la naturaleza

humana y la vida social en un grado semejante a como nos es dado regular la naturaleza física. JORNADAS se propone ante todo mantener despierta la conciencia de este problema y coadyuvar con todas sus energías a los esfuerzos ya emprendidos para llegar a su solución.

Ahora bien, las cuestiones humanas no pueden ser tratadas en el vacío; surgen problemas, dificultades y conflictos ofrecidos en circunstancias y momentos determinados, y la investigación científica de los mismos sólo tiene sentido si sus resultados resuelven la situación problemática, despejan la dificultad o atenúan el conflicto, liberando al hombre de su angustiosa presión. Esto quiere decir que no son las teorías las que determinan los problemas, sino éstos los que deben dar lugar al pensamiento teórico y, además, que no puede entenderse ni solucionarse ningún problema de la vida humana si lo desprendemos de su contexto o circunstancialidad. El olvido de este punto de partida elemental es quizá el responsable de la situación de atraso de las ciencias del hombre, como también de que las disciplinas sociales arrastren una pesada herencia de teorías que ya no responden a ninguna cuestión auténtica.

Asimilando el sentido de esa perspectiva, en las JORNADAS no se desdeñará, en modo alguno, el pensamiento social teórico actual, cualquiera que sea el punto del horizonte de donde proceda, y a su discusión y examen habrá que concederle atención cuidadosa; pero, en lo posible, sometiéndolo a la prueba de su validez para nuestros medios. En una palabra, lo que interesa de un modo fundamental son: a) las cuestiones humanas en su específica circunstancialidad americana, y b) los problemas "nuestros" que exigen una meditación teórica y una solución práctica.

En consecuencia, no se rechaza la consideración de las teorías y resultados de la ciencia social en general; pero se cree que la verdadera tarea intransferible está en estudiar y hacer que se estudien las cuestiones específicas de la facción latina del continente americano, de modo que soluciones y teorías no provengan de una importación

más o menos afortunada, sino que broten de la investigación misma de nuestras situaciones problemáticas peculiares.

La tragedia de Europa al privarnos de su producción intelectual y científica, siempre recibida con la sugestión de su viejo prestigio, nos obliga a un doble esfuerzo, que conviene que sea lo más consciente posible: por una parte, a que pensemos por nosotros mismos y sin andaderas y, por otra, a que meditemos hasta qué punto todo lo que nos viene del otro lado del Atlántico merece ser aceptado y asimilado y si no ha perdido aquel continente en más de algún punto el derecho al respeto que se le otorgaba sin discusión. Y pensando muy en particular en "nuestra América", estamos convencidos de que ésta ha de ponerse enérgicamente a pensar por sí misma en su propio destino y a aprovechar lo que es un triste momento para conquistar definitivamente, sin renunciar a ninguna herencia valiosa, su autonomía cultural.

En cuestiones sociales y políticas es esto tanto más urgente cuanto mayor es la sospecha de que lo que se nos ofrece por varios lados no es dádiva generosa sino velado instrumento de dominación. Y sólo podremos mantenernos relativamente inmunes a las consecuencias sociales y culturales de las tremendas luchas de poder, hoy en juego, si conservamos la serenidad intelectual y el conocimiento preciso y objetivo de los hechos. Una visión acertada de nuestro presente y nuestro futuro es lo único que puede permitirnos sacar ventajas, incluso de lo que parecen adversas constelaciones.

Dentro de la dirección general antes esbozada, las JORNADAS del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México quieren presentar un amplio marco a la colaboración: desde las cuestiones filosóficas conexas, hasta los estudios de la ciencia social más particular y especializada; pero viendo también dibujados dentro de ese marco estos tres propósitos fundamentales: 1) exponer el estado actual de la ciencia, de conocimiento imprescindible, como punto de partida; 2) examinar y discutir, en particular, los problemas peculiares de la ciencia en nuestros países, y 3) contribuir en lo posible al desarrollo de la ciencia social en marcha.

Desde el punto de vista científico, con JORNADAS se intentará fomentar el estudio de las cuestiones marginales y fronterizas de las ciencias tradicionales y académicas, que es donde se encuentran hoy día los problemas auténticos de la ciencia social futura. Y desde el punto de vista político, en su mejor sentido, conseguir el conocimiento recíproco de los pueblos de nuestra América, manteniendo así viva y real la conciencia de su común destino.

ROGER CAILLOIS

ENSAYO SOBRE EL ESPIRITU DE LAS SECTAS

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

JORNADAS — 41
El Colegio de México
Centro de Estudios Sociales
1945

308
J88
-20.41
y 1

-75351

TRADUCCION DEL ORIGINAL INEDITO
POR
JULIÁN CALVO

SUMARIO

Preambulo.

I. Secta y sociedad.

Causas generales de la secta.
Castas: ejército e iglesia.
Moral de las sociedades.
Virtudes de la secta.
Formas opuestas de moral.
Revoluciones de las sociedades.
Atracción de la secta.
Vuelta al orden.
Victoria y ruina de la secta.

II. La secta en el poder.

Organización de la nación.
Persecución de los valores
universales.
Funestos efectos del poder sobre
las virtudes de la secta.
Traición de la secta.
Fatalidad de la guerra.

Resumen y conclusiones.

PREAMBULO

Recientemente varios escritores, solicitados, según imagino, por los problemas de la época, han llamado la atención sobre el papel de las sectas. Algunos han hecho teorías al respecto; otros las muestran, en sus relatos, en actividad. Hay, en fin, quienes invocan su propia experiencia para derivar de ella enseñanzas. Dejaré de lado todo lo que no es sino imaginación: no faltan novelas, sobre todo de las dirigidas a la curiosidad de los más jóvenes, que ponen en escena las hazañas de alguna asociación misteriosa y todopoderosa que, en la sombra de los bosques o en el corazón de las capitales, cumple los ritos de un culto sanguinario, ejerce venganzas terribles, lucha en favor del derecho y la virtud o trata de conquistar el imperio del mundo. Cofradías de estranguladores o de filibusteros, sociedades de fanáticos o de ambiciosos, de criminales o de justicieros, todas las variantes parecen halagar igualmente, en la ensoñación infantil, a no se sabe qué gusto natural por unir la aventura y el secreto. Pero no se trata ahí sino de fantasías cuyo goce ruboriza al adulto en general. Sin embargo, le están destinadas otras fábulas muy cercanas a esas imaginaciones. Esta vez sus autores no las tratan a la ligera en modo alguno. No las ofrecen como cuentos arbitrarios, compuestos al azar y solamente para divertir. Pretenden revelar una necesidad, proponer medios de curación, presentar una meditada doctrina o un programa aplicable. Consideran lo que exponen como real, o posible, o deseable. Por ejemplo, un célebre novelista, Jules Romains, ha emprendido la tarea de escribir la crónica fiel y completa de su época: ha creído su deber consagrar un volumen entero de su obra, que de manera significativa ha titulado *Recherche d'une Eglise*, a esas preocupaciones asombrosas. Se ve ahí a un perso-

naje que interpreta la historia toda del mundo a la luz de la potencia que supone a las sectas. Ellas solas, explica, lo han conducido todo. Aplicando cada vez con inteligencia una fuerza eficaz a los puntos importantes, han provocado o dirigido a su voluntad, pero con discreción, los acontecimientos decisivos, e invoca las órdenes monásticas y militares, los templarios y los caballeros teutónicos, los genizaros y los asesinos, y, en fin, los jesuítas y los masones, cuya alianza, según él, sería preciso concertar. A este audaz historiador le basta con especular. Pero hay otros que pasan a la acción y que han descrito detalladamente las operaciones tenebrosas de conjurados que se dedican a impedir la guerra eliminando a aquellos cuyas maniobras, cuyos cálculos o cuyas imprudencias ponen la paz en peligro.

De la misma manera Thomas Mann, en *La montaña mágica*, traza un amplio cuadro de las tendencias políticas que dividen al mundo moderno. Es a la vez una síntesis y una investigación. Se destaca, con singular relieve, un teórico. Defiende conceptos cortantes con una lucidez y un vigor que mueven a la adhesión. Es un israelita, discípulo de los jesuítas, que opone a las aspiraciones igualitarias de un demócrata liberal la idea de una sociedad gobernada por un orden restringido, fuertemente disciplinado, el único al que corresponden los privilegios y las obligaciones del poder. Sin insistir más en ello, remito a los lectores a ese doble y luminoso testimonio. Por lo demás, no faltan contribuciones menos ricas y menos célebres que revelan inquietudes análogas.

Todo pasa, así, como si muchos buenos espíritus resintiesen hoy muy particularmente, y en el momento en que tanto las costumbres como las instituciones parecen desviarse de ella, la seducción de las sociedades secretas. Esos espíritus parecen acariciar el proyecto de fundar una especie de Orden, de organización, en la que se afiliarían al principio algunos hombres poco satisfechos del mundo en que viven y deseosos de reformarlo. Dan deseos de imaginarlos concluyendo un pacto de solidaridad que exigiría de ellos infinitamente más de lo que conceden al medio del cual han surgido y de lo que ese medio ni siquiera piensa pedirles. Pero es precisamente esa disciplina lo que les

atrae. Se dan cuenta de que en ella existe una obligación de eficacia. Se concibe esa comunidad protegida en primer lugar por su insignificancia o por su ridículo, pero creciendo poco a poco en extensión y en poderío. Manteniéndose siempre como una minoría de elegidos, lograría al fin dirigir los destinos del conjunto de la nación o del universo. Cuando menos habría ganado sobre su gobierno una influencia decisiva, sin que pudiese sospechar nada la multitud vana, pretenciosa y limitada que, para obtener una dicha de esclavo, sufriría ese yugo, el más sutil de todos.

Se trata, es cierto, de sueños que, además exagero y hago quiméricos. Pero sería un error desdeñarlos. Denuncian un malestar general y pueden inspirar iniciativas viables. Sonreímos al encontrarlos en los libros, pero se los puede volver a encontrar, con espanto, en otras partes y en la vida misma. Pues está en la naturaleza de los mitos el tratar de adquirir forma corpórea y de modelar la realidad a su imagen. Es preciso cuidarse de un escepticismo de principio que, más ciego que la ingenuidad, impide seguir los progresos milagrosos de extraños destinos.

Desde antes de la guerra de 1914, Alemania ofrecía un terreno favorable a aventuras de esta clase. Cierto es que no eran entonces sino puerilidades. Pero, en fin, diversos movimientos soñaban en ellas u ofrecían síntomas de ellas. La juventud, por bandadas, hacía como una separación de la sociedad y buscaba por los caminos un clima más propicio para quién sabe qué deseos de ardor y de pureza. La guerra, y después la derrota, exasperaron aquellas veleidades todavía inofensivas e indeterminadas. La humillación nacional demostraba el fracaso del mundo antiguo, desacreditado desde hacía largo tiempo, de cuya mediocridad ya muchos habían renegado, y que intentaba sobrevivirse a sí mismo a favor de un vano cambio de instituciones. La magnitud del desastre clamaba sin embargo por un cambio radical. Designaba al mismo tiempo un fin común, urgente y grandioso, para tantas energías libres, para aspiraciones todavía indecisas, que bien pronto se vieron en lucha abierta con el orden vacilante y perseguidas por él. Es bastante sabido que entonces prosperaron las asociaciones secretas



de terrorismo y de venganza. Las guerrillas independientes prolongaban la guerra en las fronteras. Los *Sqintes-Vehmes* castigaban a los traidores en el interior. El movimiento de Hitler tomó de allí sus mejores fuerzas. Todo conduce a pensar que se desembarazó en seguida de esos elementos refractarios, pero su sombrío misticismo presidió sus comienzos. Es sobre este primer frenesí de testimonios elocuentes sobre lo que *Les réprouvés* de Ernst von Salomon sigue siendo el más directo y el más instructivo. Ciertamente, de esos fanáticos, el nuevo amo supo eliminar más tarde a aquellos cuyo temperamento religioso se encontraba fuera de lugar en el campo de la política. Virtudes turbulentas como éstas, de las cuales se hace uso con provecho cuando se trata de conquistar el poder, se vuelven peligrosas cuando se está ya instalado en él y presentan el riesgo de que sean empleadas en contra de quien lo tiene en sus manos.

Pero ahora es preciso no ocuparse sino del punto de partida, del momento en que los sueños originales casi no pueden dejar prever la terrible irrupción que esa efervescencia produce al fin en la historia y cuando, sirviéndose la astucia de la plenitud de su fuerza en circunstancias propicias, se ve súbitamente un alud incomprensible que enloquece y desmenuza a más de un pueblo.

En uno de los primeros cuadernos de una revista que en enero de 1940 empezaba a reaparecer en París, ocupada precisamente como resultado de un cataclismo de esa clase, Henry de Montherlant hace el relato de una tentativa en la cual tomó parte en 1919 con otros cuatro jóvenes. Se trataba, dice, de formar "una sociedad un poco codificada y un poco áspera". Esta se encontró un poco anodina en sí misma y hasta en sus ambiciones, que podían, sin embargo, ser ilimitadas. El autor agrega a su confidencia tantos comentarios y tantas notas, citando ejemplos más ilustres como los de la caballería medioeval y el Bushido japonés, que se comprende muy bien que de nuevo empieza a tomar el asunto en serio. ¿Qué movimiento le impulsa, pues, veinte años más tarde, a rememorar episodios tan insignificantes de una juventud olvidada, si no es la conciencia confusa de que algún lazo los

ata nuevamente al espectáculo que tiene ante los ojos y a los grandes acontecimientos de que es testigo?

Que se relea, en fin, *La gerbe des forces* de Alphonse de Chateaubriant. Se ha dicho cuánto sirvió esta obra para conquistarle a la nueva Alemania simpatías entre los cuadros de oficiales del ejército francés. Es visible que el escritor, invitado a propósito a visitar el Tercer Reich, se vió seducido sobre todo por cierta tentativa, que entonces se impulsaba activamente, de reconstruir las antiguas Ordenes de Caballería. De hecho, en algunas fortalezas perdidas en el corazón de la Selva Negra y de la Courlande, se hacían esfuerzos por preparar para el papel supremo de directores de la nación, y después del mundo prometido a su conquista, a una selección de jóvenes jefes implacables y puros. El ensayo, según parece, no tuvo consecuencias perceptibles. El partido tenía ya listos, sin duda, para esta tarea, a sus candidatos. Pero la empresa inflamó a más de una imaginación.

Era así, en particular, entre nosotros, como habíamos fundado el Colegio de Sociología, dedicado exclusivamente al estudio de los grupos cerrados: sociedades de hombres de las poblaciones primitivas, comunidades de iniciados, fraternidades sacerdotales, sectas heréticas u orgiásticas, órdenes monásticas o militares, organizaciones terroristas, asociaciones políticas secretas del Extremo Oriente o de los períodos turbulentos del mundo europeo. Nos apasionaba la decisión de los hombres que de cuando en cuando, en el curso de la historia, parecían tener la voluntad de dar leyes firmes a la sociedad sin disciplina, que no supo satisfacer su deseo de rigor. Se seguía con simpatía los pasos de quienes, apartándose de ella con disgusto, se iban a vivir a otra parte, bajo instituciones más rudas. Pero algunos de nosotros, llenos de fervor, no se resignaban de buena gana a interpretar solamente. Estaban impacientes de obrar por su cuenta. Nuestras investigaciones les habían persuadido de que no existían obstáculos que no pudieran ser vencidos por la voluntad y la fe, siempre que el pacto inicial se revelase como verdaderamente indisoluble. En la exaltación del momento, parecía que nada que fuese menos que un sacrificio humano sería capaz de ligar las energías tan profundamente como era necesario para

llevar a cabo una tarea inmensa y, por otra parte, sin objeto definido. Como al físico de la Antigüedad no le faltaba sino un punto de apoyo para levantar al mundo, dar muerte solemne a uno de los suyos parecía bastar a los nuevos conjurados a fin de asegurar para siempre su fidelidad. Al hacer invencibles sus esfuerzos, debería entregarles el universo. (¿Se creará esto? Fué más fácil encontrar una víctima voluntaria que un sacrificador benévolo.) Finalmente, todo quedó en suspenso. Cuando menos eso me imagino, pues yo era uno de los más reticentes y tal vez las cosas fueron más lejos de lo que yo supe. Nos alentábamos, sin embargo, con diversos ejemplos antiguos y modernos, exóticos o muy cercanos, y si esta conspiración no fué sellada por algo irremediable, debióse a cobardía elemental y al efecto de una duda, que no se confesaba, sobre la fecundidad de tal lluvia de sangre. Faltó el ánimo y también, creo, la convicción. Al menos por lo que a mí respecta, temía que ese asesinato, que debía llevar a nuestros corazones vacilantes una especie de bautismo, no nos diese ninguna de las virtudes ni los ardores que permiten mover las montañas. Yo temía que nos dejase vacilantes y tímidos, más desamparados todavía como criminales que como inocentes. Tan vano me parecía pensar que el horror de un crimen compartido pudiese efectuar en el alma transformaciones milagrosas y hacer, para ella sola, indomable el valor y eterno el juramento de algunos hombres que pretenderían de pronto oponerse a todos los otros. Se necesita para esto una fuerza que no puede proporcionar ningún rito monstruoso. Es preciso sacarla toda de sí mismo. A quien ha sabido adquirirla, el crimen y la consagración no le dan sino unciones superfluas, cuando creería él mismo recibir de ellas, como Sansón de su cabellera, el vigor sobrenatural que le lleva de victoria en victoria.

No he tenido otro propósito que el de agregar simplemente ese testimonio a los que preceden. Por otra parte, no alimento ninguna ilusión excesiva y sé muy bien el carácter miserable de esas ambiciones vanidosas. Pero quiero hacer ver que se han extendido bajo una u otra forma y que estudian de golpe extremos asombrosos. Que de ellas resulte casi siempre viento tan sólo, no impide que existan y que denun-

cien sin duda un malestar que incita a la reflexión. Por lo demás, esos sueños no datan de ahora. Balzac y Baudelaire se complacían ya en imaginar una compañía de filibusteros poderosos y misteriosos, refinados e inexorables, que extendían sobre las capitales y sobre el conjunto de los grandes estados una secreta red de servidores, de espías, de ejecutores de la justicia. Nada resiste a esos amos invisibles cuya fuerza está hecha por la unión y la discreción. Se encontrarán extrañas divagaciones de esa clase en la *Histoire des Treize* y, en Baudelaire, en sus textos críticos. Se descubrirían otros nombres para jalonar el siglo hasta llegar a Jules Romains y Henry de Montherlant. ¿Ese gusto por la sombra y el poder, ese apetito de ordenar al mundo según leyes más fuertes, son, pues, permanentes? ¿De dónde vienen, en todo caso, inquietudes tan largas y tan constantes? Son, éstas, preguntas a las cuales me parece urgente encontrarles una respuesta.

I

SECTA Y SOCIEDAD

[Sus virtudes se oponen y se complementan simultáneamente.]

Causas generales de la secta

Nunca es perfecta la coincidencia entre las energías que el hombre está dispuesto a prodigar y las exigencias que la sociedad formula a cada uno de sus miembros. Sucede a veces que el individuo no quiere conceder nada, y entonces se muestra refractario y se alza contra mandatos que le parecen a la vez odiosos y artificiosos. Otros, los hipócritas, no les otorgan sino un fingido acatamiento y, con la vista fija en los medios de triunfar, sólo piensan en vivir su propia vida, según sus palabras. Nadie espere de ellos la menor concesión. Sólo saben obtener su provecho, y si su avidez es lenta, no lo es sino para mayor seguridad. Por el contrario, parece haber seres cuya capacidad de sacrificio no logra extinguir la sociedad. Quisieran dar mucho más de lo que la misma sociedad espera obtener de ellos. Creen que la legislación les deja demasiada libertad. La aprovechan, pero no sin cierto deseo de verse alguna vez sometidos a normas más estrictas. En este campo de fuerzas debilitadas, divergentes, mal orientadas, algunos sienten el anhelo de que una disciplina más rigurosa obligue a las diversas energías a conjugar mejor su esfuerzo útil. Desean que tal disciplina combine científicamente sus efectos, dirigiéndose en igual medida contra el lujo y la inexactitud, contra el ocio y la negligencia. Se prevé una rigurosa autoridad que, movilizandó el entusiasmo esclarecido y tenaz de un pequeño número, dé cuenta fácilmente de un mundo que derrocha sus recursos en una agitación vana y exenta de eficacia.

Es ley que todo grupo minoritario se muestre más unido y emprendedor que el medio, indiferente u hostil, en que se halla establecido. Su moral es más firme, y más numerosas y mejor definidas las obligaciones de cada quien. La interayuda es en ellos frecuente y amplia. Hay naturalezas enteras ansiosas de comprometerse sin reserva y para siempre, ávidas a un tiempo de sacrificio y de poderío. Les defraudan las exigencias benévolas. Las reglamentaciones mediocres e incómodas les irritan sin llegar a satisfacerles, exasperan sus pasiones y las avivan en vez de utilizarlas. Tan ambiciosos corazones desean una servidumbre extrema. Sueñan con una dedicación total. Si tan precisos son ya los deberes de una minoría de hecho, ¿hasta dónde no llegarán los que cree y se imponga una minoría de principio? Ellos se apartan también, deliberadamente, de la sociedad. Se destierran a sí mismos de un campo de acción en el que la ausencia de obstáculos no puede provocar estímulo alguno, donde la excesiva complacencia anula la rebeldía antes de que acabe de formarse. Fundan o imaginan sectas, con santo y seña, insignias y uniformes. Es bueno cuanto reafirme la comunión, cuanto acrezca su alcance, cuanto recuerde su existencia, cuanto haga el pacto más difícil de ser quebrantado. Mediante solemnes juramentos, mediante ritos sangrientos y consentidos, los conjurados renuncian a todo antiguo compromiso en beneficio de la fraternidad electiva, que consideran digna de una obediencia sin límites. Precisamente persiguen, a través de una solidaridad celosa e irrevocable, quedar infeudados en un poder que no atiende a bienes, a personas ni aun a principios. Anhelan una legislación que llegue a reclamar de ellos una fidelidad incondicional, pero que al ardor entusiasta le prometa la plena embriaguez del triunfo absoluto.

Castas: ejército e iglesia

Ciertamente que en toda sociedad existen instituciones capaces de satisfacer en cierto grado esta ansia de rigor. El ejército y la iglesia constituyen así comunidades cerradas, de estructura clara y cuyos miembros son obligados a pronunciar votos especiales o a obedecer un

código particular. De hecho, uno y otra absorben energías flotantes, deseosas de emplearse según modos definidos y hacia un fin determinado. Incluso es justo no considerar más que a las clases de los sacerdotes o de los oficiales. Ejército e Iglesia, en su conjunto, se distinguen insuficientemente de la sociedad: todos los ciudadanos, en efecto, están obligados al servicio militar, y la muchedumbre de fieles que abarca la iglesia la abruma con su inmenso peso muerto. Solamente el sacerdote y el oficial representan fuerzas vivas: el resto no viste el uniforme sino por obligación, no recibe el bautismo más que por hábito. Esos grupos continúan perteneciendo también a la sociedad. Tienen con ella vínculos muy amplios: como todos o casi todos son soldados y creyentes, a poco que se les considere en toda su amplitud casi se confunden con la sociedad. Aquellos que carecen de ambiciones urgentes y del ímpetu que conduce a las grandes empresas, se dividen en cambio por toda suerte de rivalidades internas. El espíritu de las sectas exige más aún: ante todo, una separación más marcada; además, que cada uno haya llegado a ella por efecto de una vocación, guerrera o sacerdotal, y no para hacer carrera. Siendo como son, ejército e iglesia dejan, pues, mucho que desear a quien anhela una separación absoluta, conquistas inmediatas, perfecta coherencia y vida heroica. He aquí por qué de su seno brotan a su vez otros grupos más densos: órdenes militantes o armas selectas que proponen una agregación más significativa a cambio de renunciaciones o riesgos excepcionales.

Tales cuerpos disfrutan de prestigio en el interior de las comunidades más amplias de las cuales son orgullo y como la esencia. De igual manera, éstas, en un medio menos ligado, afirman el vigor y el renombre de afiliaciones compactas, separadas, obligadas por deberes propios, muy distintas de los demás por el vestido y por las costumbres. Como las sociedades de varones de los pueblos primitivos, las hermandades militares o mágicas constituyen el principal sostén del conglomerado social. Ejercen, con frecuencia, en su gobierno una influencia decisiva. Castas mejor que sectas, constituyen en todo caso fuerzas tradicionales y respetadas. En consecuencia, se muestran generalmente más pasivas que turbulentas, preocupadas por la defensa de los pri-

vilegios admitidos más bien que por asumir iniciativas audaces o por trabajar en profundas conmociones.

El puro espíritu de aventura acepta difícilmente semejante inercia. Prefiere elegir por sí mismo su fin y su acción. Oponiéndose a los poderes conservadores, prefiere crear por completo nuevas agrupaciones, especialmente dedicadas a la modificación de la sociedad entera hasta en sus fundamentos. En su seno la moral de secta, la obediencia fanática, la subordinación del principio más sagrado al superior interés del movimiento, se encuentran tanto más acusadas cuanto que este último, ávido de una transformación radical, encuentra cada vez mayor resistencia o provoca una persecución más rigurosa.

Moral de las sociedades

De esta manera, en el seno de la sociedad se constituyen grupos que le son esencialmente hostiles, pero que tienen mucho más que ella de sociedades, y por decirlo así, de sociedades puras. En efecto, nada predomina sobre el interés superior de la secta y todo se sacrifica a su cohesión. Normalmente no podría ocurrir lo mismo en la sociedad. Cada individuo disfruta en ella de una amplia autonomía. La mayor parte de sus actos dejan indiferentes a las autoridades. Puede dedicarse tranquilamente a sus asuntos y organizar su vida como le plazca. Unos pueden cometer indelicadezas que raramente llegan a constituir delitos sancionados por la ley. No se les censura demasiado por ello. Otros mantienen una honestidad meritoria en sí misma pero que, tímida y exenta de generosidad, a menudo puramente negativa, no les prepara en mayor medida para las grandes ambiciones. No se les honra especialmente. Sin embargo, entre unos y otros hay diferencias. Para los últimos todo se reduce a no robar ni matar. Los primeros no se lo prohíben rigurosamente, con tal de que el robo sea mínimo, pase inadvertido o, si es importante, pueda ser cubierto gracias a la argucia de un abogado hábil. Y en cuanto al homicidio, basta con que la responsabilidad quede indecisa o con que no hayan tenido más que dejar hacer. El que retrocedería ante un gesto fatal no dudará en abstenerse

de un gesto salvador. Lo que les asusta es cualquier iniciativa. Tal es el carácter constante de esta moral hecha de evasión y de temor tanto ante el bien como ante el mal. No se levanta la mano con un propósito criminal, pero si no es necesario más que retirarla o, mejor aún, mantenerla inmóvil, la cosa está hecha. Tanto más fácil es pecar por omisión. Una abstención es algo imperceptible. Nadie la nota. Para uno mismo puede pasar inadvertida. Quizá no quedará en nuestra memoria ni el menor recuerdo de ella. Hasta el remordimiento se evita. Bien poco hace falta para dejarse deslizar por tan suave pendiente.

El clima ordinario de la sociedad está hecho, pues, de mezquinos respetos, de dudosas faltas, a veces de crímenes invisibles. Las virtudes de compromiso se conllevan bien con el cuidado del provecho egoísta. Con tal de salvar las apariencias, una relativa honestidad permite cualquier decisión ambigua. Poco a poco, un escándalo, aunque sea saludable, se llega a temer más que un desorden disimulado. Se tolera la injusticia, se la protege, siempre que no altere ninguna posición adquirida ni perturbe la tranquilidad más superficial, la de la calle. Procurando cada uno para sí cuanto puede e ingeniándose a fin de ganar lo más a costa de lo menos, el respeto de los principios se confunde insensiblemente con la consecución del interés. Se estima a los hombres no por lo que son sino por lo que poseen. Se siente cada vez mayor indulgencia hacia los potentados y hacia los medios que permiten grandes adquisiciones. Casi no se concibe otra elevación que la de la fortuna. De tal suerte, sin que se cometa gran número de acciones francamente culpables y sin ninguna ruptura ostensible, se relajan las obligaciones morales en su conjunto. Ninguna prohibición se halla bien delimitada, y en un universo en el que todo parece sólido, en realidad todo se encuentra secretamente alterado. Las palabras ya no responden a los actos ni las conductas a los discursos. Las costumbres condenan de hecho la intransigencia, el fervor, en una palabra, todo sentimiento que pugne con la flexibilidad y la prudencia. Tales cualidades, indispensables para el éxito, son las primeras que se adquieren. Llegan casi a formar parte de los buenos modales que permiten a las gentes honradas reconocerse entre sí.

Esta mediocridad no es viciosa. Este relajamiento de las costumbres no es efecto de una corrupción desusada. No refleja un rebajamiento accidental. Unas veces subrayada por el cinismo como con placer, disimulada otras por una engañosa ostentación de virtudes, es sensiblemente la misma. Afecta a la amplitud del grupo social y, más aún, a su propia naturaleza: en efecto, el grupo constituye un medio casi neutro que sólo gracias a condiciones de hecho reúne a los seres que lo componen. En él se encuentran sometidos, sin duda, a una influencia insensible, pero continua y eficaz, que les hace sentir comunes un gran número de juicios y reacciones. Ciertamente que las leyes y los usos son iguales para todos y que todos se han formado mediante una educación análoga. No se puede menos de comprobar entre ellos cierta unidad. De igual manera, los poderes públicos mantienen un cierto orden. Pero esta unidad y este orden son meramente exteriores. No exaltan energía alguna. Por el contrario, las abandonan a una peligrosa vacación. La presión colectiva no suele aplicarse más que a domesticar las pasiones, a impedir su desencadenamiento brutal, irrefrenado, sin respeto ni siquiera aparente hacia los bienes o las personas. Fuera de ello, todo está permitido.

Virtudes de la secta

La sociedad no existe, pues, más que para el control y la administración. Sólo actúa entre límites forzosamente indecisos y sin que su vigilancia pueda revelarse siempre eficaz. Su función no consiste más que en prohibir. Eleva barreras, deja abiertas ciertas vías, prohíbe el acceso a otras. Para quienes se acomodan fácilmente a estas moderadas restricciones, casi no existe. Seguramente hay que congratularse de ello. Los vínculos verdaderos provienen del alma y nacen de íntimas perfecciones, rebeldes a toda amenaza. No es posible imponerlos a nadie sin riesgo de agostarlos o pervertirlos. Es claro, sin embargo, que esta reserva casi perfecta de la sociedad, las consecuencias de la cual no son completamente detestables, invita a concebir uniones de mayor rigor y alcance. Se imagina una alianza que sobrepase la simple

atención de la comodidad elemental. Apelando a la vocación de los hombres, halagando elevadas pretensiones, invitando a un derroche de energía extremado y ruinoso, se desea asociar en una patética empresa a obreros impacientes y absorber totalmente su esfuerzo.

La secta, pues, es adecuada para seducir a los corazones exigentes y ambiciosos. Constituye para ellos una poderosa tentación. Presienten que en la secta harán el aprendizaje de las virtudes exigentes de las que teme el mundo la acritud y que procura atemperar todo lo posible. Por ello es preciso encontrar donde practicarlas en su plenitud. La secta lo procura.

La secta es ante todo escuela de orgullo y humildad en una sola pieza. La voluntaria servidumbre equilibra en ella el orgullo de sentirse separado de la multitud. Los sacrificios consentidos con estricta disciplina y la amargura de los renunciamientos se compensan por la certeza de haber elegido voluntariamente este rigor y esta dureza. Las obligaciones que cada uno debe aceptar apenas dejan lugar al arbitrio. No hay lugar para el temperamento. Siempre debe estarse dispuesto a obedecer y esto enseña la tenacidad. Nada es más necesario, puesto que no es tan difícil el comienzo como la perseverancia. Momento llegará en que el hastío aconseje abandonar lo que se emprendió con efímero entusiasmo. Importa, pues, desanimar a los inconstantes: sólo se admite a los más resueltos y no sin probar antes su constancia y su capacidad. Tal es la razón de ser del noviciado. No se confía a los neófitos más que obligaciones repelentes y subalternas. Al que soñaba con misiones arriesgadas se le destina a fijar carteles o a copiar direcciones. Así se desgasta su primer fervor y se le cura de cualquier idea demasiado novelesca que pudiese abrigar acerca de las conspiraciones. También sucede que se le reproche injustamente una falta a conciencia de que no la cometió o que para un puesto de confianza se le posponga deliberadamente con respecto a otro compañero menos dotado o menos seguro. Se trata de tentar su espíritu de rebeldía. Si es demasiado sensible, se rebela; si no sabe callar y sufrir con paciencia las pequeñas afrentas, que se vaya: todavía tiene franca la puerta. Se necesitan seres capaces de soportar mucho más.

Dentro del grupo la solidaridad es un deber absoluto. Todos los miembros son hermanos de elección y, hallándose sometidos a la misma ley, comparten la misma suerte: se deben una asistencia perfecta que alcanza todos los dominios. No se les pide que se amen, sino que sepan ayudarse ante todo y frente al mundo entero, sin hacer cuenta personal de razón ni derecho. Sus íntimas preferencias no cuentan mucho más. Dentro de la secta las relaciones humanas no se rigen por la enemistad ni por la simpatía. Atracción, admiración, estima, no justifican que se establezca diferencia alguna en la manera de tratar a cada uno. Los deberes son iguales para todos, y todo se reduce a los deberes. Sólo debe atenderse a la necesidad y a la circunstancia. Llegado el momento, nadie puede descuidar su ayuda al afiliado que aborrece o desprecia, pero que se la reclama. Los movimientos cordiales y los sentimientos que aproximan o separan a los hombres fuera de la secta o dentro de ella se subordinan a la regla que hace de todos un solo cuerpo. Se falta a tal regla siempre que se sigue la propia inclinación y nada importa que ésta la contraríe o la refuerce: en ambos casos la usurpa. Cada uno, en efecto, no debe ver en su semejante más que al servidor, sustituible, de un ideal único. La fórmula de la amistad y de la aversión, "porque se trataba de él, porque se trataba de mí", no es creación de ninguna iglesia. Los lazos personales, inestables, arbitrarios, incluso contradictorios, no pueden asegurar una solidaridad que, si dependiente de ellos, cualquier cosa rompería o debilitaría. Ha de reposar sobre el principio mismo que funda la comunión. Se trata de servir un fin que está más allá de cada uno, y para lograrlo todos se encuentran vinculados entre sí por un conjunto de obligaciones recíprocas, de las que simultáneamente se consideran liberados con respecto a los demás.

Formar parte de una secta enseña además la virtud de la obediencia. No es por cierto la más fácil, pues ninguna naturaleza dócil o vulgar elige de buen grado una suerte de excepción. Solamente los espíritus altivos son susceptibles de sentirse atraídos por las disciplinas que necesariamente convienen al menor número y que ellos son los menos a propósito para sufrir cómodamente. Tales espíritus se aproximan a la secta con el propósito de someterse a ella, pero su carácter

independiente y nacido para dominar se eriza a cada momento contra la anhelada servidumbre. Deben aprender ante todo a gobernarse a sí mismos. Con tal fin, se llega a exigir a hombres suspicaces que ejecuten las órdenes que se les confía no solamente sin vacilación ni protesta, sino hasta con alegría y con un asentimiento de corazón y espíritu tan completo como si las hubiesen recibido de sí mismos. Esta domesticación, en la que son uno mismo a la vez el domador y la bestia, en tanto que se conserve a salvo una cierta libertad, no quiebra en ellos ningún resorte: la liberación no depende sino de ellos mismos. Cada decisión de obedecer significa así un nuevo esfuerzo y una nueva elección. Ello les suaviza y les habitúa a dominar los primeros impulsos. Pronto se persuaden de que no son el centro del universo y en el preciso instante en que ven reducirse a proporciones más justas la arrogancia juvenil, reconocen que la autoridad es una grave carga: se convencen de que en ella reside un inexpriable no sé qué de que sería criminal abusar. Sabrán que es necesario mostrarse avaro de ella si se quiere conservar intactas las fuentes de un justo poderío. Evitarán la arbitrariedad o la precipitación, así como cualquier especie de derroche. Si llega el momento, habrán apaciguado su ingrata naturaleza lo bastante para extender sin esfuerzo su imperio a otros seres, lisonjeros y al propio tiempo mal entrenados para el mando, llenos de ilusiones sobre sus fuerzas y mal defendidos contra los sobresaltos naturales en instintos turbulentos que jamás sintieron el freno.

Fuera de la secta, en cambio, en donde ninguna disciplina severa establece su rigor, los calculistas emplean la adulación como medio de triunfar. Para un hombre servil la humildad nada tiene que ver con el mérito sino con la utilidad. Se rebaja ante el superior y no ante sí mismo. Se encamina hacia la tiranía a fuerza de bajezas y la hará desconfiada y envidiosa, ya que el mismo que se arrastra ante el fuerte es quien aplasta al débil. ¿Qué ha hecho, sumiso, sino acumular un resentimiento que sólo aguarda el instante de cobrarse muchas afrentas? No se envilece uno impunemente.

De tal manera, lo que dentro de la secta es una virtud, fuera de ella es una funesta y decisiva deformación del alma. Sin duda que pa-

ra juzgar justamente de los sentimientos sería necesario poder penetrar el secreto de los corazones. Pero se ve sin esfuerzo que todos los climas no les son igualmente favorables, ni ejercen sobre los hombres la misma influencia. Hasta en el cultivo de las virtudes tienen efectos contrarios la secta y la sociedad.

Formas opuestas de moral

Por su simple estructura, la secta suscita una moral muy particular y casi por completo opuesta a la que reconoce el conjunto de la sociedad. Los principios de una y otra, sin embargo, no son incompatibles, al menos de ordinario; pero las mismas virtudes no se honran en igual grado. En la sociedad es estimada la tolerancia; en la secta se la considera como una debilidad culpable. Asimismo ambos medios aprecian de modo diferente las cualidades que dan a la vida común su clima, por así decir, que hacen su dulzura y su facilidad: por ejemplo, la indulgencia, la imparcialidad, el espíritu de conciliación y de transigencia. Se les aprecia en la sociedad, en la que todo lo inclinan al acuerdo. En la secta, de donde se les proscriben, todos se enorgullecen de ser implacables y todo viene a reforzar el odio y los conflictos; se sospecha inmediatamente de la tibieza; la vehemencia tranquiliza en vez de asustar. La elección de los valores supremos se resiente de tan diversas apreciaciones. De un lado se alaban las virtudes combativas, como el fanatismo y la intransigencia; de otro las virtudes de la convivencia holgada, como la prudencia y la serenidad. Pero esta preferencia no es más que el efecto de la misma naturaleza de los vínculos que, en uno y otro caso, unen a los individuos.

La sociedad busca la felicidad y la estabilidad para sí misma, para el conjunto de sus miembros. Rechaza toda agitación, elimina por instinto las causas de alteración y procura vivir feliz, es decir, sin historia. De tal modo, las virtudes que en ella son elogiadas y sobre todo practicadas son virtudes de apaciguamiento, que fácilmente se aproximan a la inexactitud y la negligencia. No está completamente prohibido en ella cerrar los ojos u olvidar. Se impide el desorden antes que la

injusticia y si se perdona no suele ser tanto por grandeza de sentimientos como por pereza ante la venganza. A veces se prefiere dejar de castigar para que todo siga en reposo. Pero prosigue el mal y nada se repara. Se diría que cada uno se conduce como si, padeciendo dolor de muelas, no se decidiese a ponerse en cura por miedo de un dolor pasajero: con ello se fomentan más vivos dolores, pues progresa la caries; y por necesidad habrá que acabar en la extracción. Lo mismo sucede al Estado, que no se atreve a cortar por lo sano y que, invadido por una gangrena insidiosa cuyo progreso debería detener, aplaza toda medida saludable y se asusta ante ella: se encamina claramente a la catástrofe.

En la sociedad se sabe también que los principios no deben tomarse al pie de la letra y que la experiencia enseña rápidamente a procurar su equilibrio. Se asegura que representan un ideal inaccesible para los mortales toscos e ignorantes. Sería peligroso trasplantarlos sin cierto cuidado a un universo demasiado humano en el que reinan la violencia y el engaño. El que busque una felicidad justa o alimente una ambición legítima lo mejor que puede hacer es perseguir el objeto de su deseo sin apartarse sin duda del camino recto, pero sin preocuparse tampoco demasiado de aspirar a una perfección absoluta que seguramente no es de este mundo. Tal es la persistente sabiduría popular, que apenas cambia con la edad ni con las latitudes. Y de hecho parece la mejor adaptada a esta convivencia elemental que constituye la vida en sociedad, cuyo fin principal es su propia ordenación y en la que cada uno reconoce como su primera y modesta ambición el encontrarse bien sin incomodar a los demás ni ser incomodado por ellos.

La secta, por el contrario, es el centro de una moral extrema. En ella la regla es soberana y sólo cabe observarla exactamente o no observarla. No se permite error ni desánimo. Todo defecto es punible. La indiscreción, que fuera de ella es una bagatela, constituye dentro de la secta un grave crimen. El que es designado para un acto fatal no puede excusarse, invocando cualquier escrúpulo. Demostraría una timidez en desacuerdo con la ciega dedicación que ha jurado. Si es piadoso, si retrocede ante el asesinato o el perjurio, si duda entre la fidelidad que le reclama la secta y los principios que seguía antes de ingresar en ella

y que no distinguen a los hombres en un pequeño grupo de cómplices a los que todo se debe y el resto del género humano para el que ninguna ley es válida; si vacila, ganado por la duda o por el remordimiento, está descalificado: es o será un traidor. Ya no es hombre seguro. Y quien no es seguro está condenado.

La moral propia del grupo cerrado no se presenta siempre, ni mucho menos, bajo esa forma extrema. Pero al menos conviene reconocer en ella su natural resultado. Aunque raramente lo obtenga, eso es lo que se propone. Para concebir tal dureza se necesitan circunstancias muy apremiantes y la más excepcional urgencia. Pero será posible y se la proclamará tan pronto como el rigor de los tiempos deje sentir su necesidad. El instinto de defensa recurre a ella en el acto y sin inventar nada. No tiene más que exagerar un código y un espíritu ya existentes y en cierto modo inevitables, que a decir verdad constituyen la esencia misma de toda secta.

En toda secta, en efecto, se encuentra el orgullo de sentirse aparte de la muchedumbre, una afirmación de solidaridad absoluta y una promesa de obediencia. Sobre todo, se comprueba en ella una severidad deliberada que a cada uno fija obligaciones precisas e impide que trate de sustraerse a ellas. Al afiliarse, hay que consentir, con una enajenación parcial de la propia libertad, cierto olvido del placer y del provecho inmediatos. La secta es, además, una escuela permanente de valentía y de lealtad. De tal suerte, se la sorprende enseñando sin proponérselo varias virtudes que resulta difícil a la sociedad estimular bastante y que, por el contrario, parecen disolverse casi por modo fatal entre la indiferencia o la negación general.

En este sentido, las sectas aparecen como preciosos y necesarios depósitos de fuerzas morales. Se diría mejor que son su fuente insustituible, hasta tal punto es apenas de la incumbencia de la sociedad el poder de afirmar fácilmente estas virtudes. La sociedad reposa, en efecto, sobre una observancia uniforme de la regla útil y del absurdo prejuicio. Exige ante todo una educación uniforme. La consigue sin esfuerzo y se ve a la mayoría plegarse dócilmente a este fácil precepto, pero ello no es otra cosa que falta de audacia y de imaginación, de ningún

modo consentimiento reflexivo ni respeto válido. La sociedad alimenta así una virtud falsa, hecha de timidez y de torpeza, que en caso de necesidad no servirá para nada. Pese a su masa y aunque disponga de vastos recursos, la sociedad es por ello débil frente a la secta. Como pide poco se le concede todavía menos. Pronto desaparecen las virtudes cívicas. El interés general, más lejano que el particular, es el primero que se pierde de vista. Como se le puede infringir sin consecuencias inmediatas, se abusa de ello. Del mismo modo, las obligaciones menos precisas son olvidadas las primeras, pues su violación no lleva consigo sanción alguna. A la postre el Estado se ve obligado a requerir por la fuerza los servicios más indispensables, pero que se le regatean o que el ingenio se aplica para eludirle. Al mismo tiempo que se encuentra desarmado, concita en su contra las voluntades que se enajenó.

En efecto, la sociedad no tiene modo de utilizar las energías demasiado vivas. No sabe solicitar su concurso y si al principio las atrae, pronto las rechaza casi necesariamente. Entonces, defraudados, los más fervientes se alejan de ella y vuelven sus ojos hacia las sectas. Estas crecen y se multiplican tanto más numerosas y fuertes cuanto menos capaz se muestra el medio —más laxo y desacreditado— en que se formaron para recobrar al cabo estas naturalezas generosas, una vez que, por efecto de las decepciones que de ordinario aporta la experiencia, se hallen algo más suavizadas y resignadas. Poco importa su primer desengaño, pero la segunda negativa es definitiva y entonces se separan de la sociedad sin ánimo de regresar a ella. En ese momento se forman asociaciones que aceptan como finalidad expresa derribar el orden establecido. Si consiguen tomar cuerpo, mantenerse, sobrepasar la primera fase en la que apenas si pueden provocar otra cosa que una agitación sin alcance ni trascendencia, su triunfo está asegurado a plazo más o menos breve. Bastarán las circunstancias propicias, que tarde o temprano se han de presentar, para que se realice la revolución.

Ciertamente que la espera puede ser larga, pues toda sociedad demuestra una inercia singular que no puede quebrantarse sin una conjuración universal de sucesos favorables y sin recoger, por otra parte, la herencia de una larga preparación. Por eso son raras las revoluciones. Se precisa un desastre militar, una crisis de instituciones, un malestar persistente y sin remedio; una gran debilidad por una parte, una fuerza insólita por otra. Esta coyuntura no es frecuente. Por último, la sociedad posee como un instinto de conservación: percibe de dónde viene el peligro e inmediatamente recurre a la represión. Pero entonces es ya demasiado tarde. La represión aumenta el prestigio de la secta; ésta procura la ruina de la sociedad, la designa como su principal enemiga y en consecuencia le envía todos sus tráfugas que sabrán en adelante a dónde arrimarse. De tal modo, cualesquiera que sean las vicisitudes de la lucha, la derrota de la sociedad se hace indudable. Cuenta sin duda con el número, la riqueza y el poder. Pero está dividida, es escéptica, perezosa, negligente, cobarde. Derrocha y dispersa sus recursos. Cada uno se dedica sólo a sus propios asuntos. Aquél se ocupa en hacer fortuna; éste se deja ganar por los placeres o por la ambición. Otros viven solamente para el arte, para la ciencia o para la filosofía. Ninguno quiere que se le moleste.

En tal ambiente todo remedio está destinado al fracaso. Choca con la indiferencia común. La sociedad ya no está hecha más que de hábitos y egoísmos que, limitándose recíprocamente, conservan la apariencia de un auténtico orden. Cualquier medida radical encontrará mil obstáculos insensibles que anulen suavemente sus efectos. Falta el apoyo público necesario para asegurar su éxito. Si el peligro no es apremiante y visible, como en la guerra, nadie consentirá en abandonar sus diversiones ni sus preocupaciones habituales.

Los rebeldes, por el contrario, que no cuentan más que con su voluntad, encuentran como por añadidura todo lo que les falta: son pocos pero intrépidos, ardientes, infatigables. Tienen prestigio, saben arrastrar o persuadir o corromper. Ninguna situación les desconcierta. Per-

siguen la conquista del poder y sólo en apariencia respetan las reglas del juego político. La severa disciplina a que les somete la secta rinde ahora su fruto. La muchedumbre caprichosa, en busca de objetos que exaltar y de ocasiones para concebir grandes esperanzas, se deja ganar de un golpe por sus promesas, sus oriflamas y su ardor. No se necesita más. Ya no importa que la secta sea débil y pobre. Sabrá procurarse entre los poderosos las necesarias complicidades y simpatías; los que carecen de dinero para sí mismos, reduciéndose todavía un poco más, reunirán la suma precisa para comprar a un rico. No hay así dificultad que parezca insuperable y de la que al cabo no den cuenta la tenacidad y la abnegación.

Sucede así que ciertos partidos políticos se presentan con un aire singular. No pretenden ya reformas parciales, sino una refundición brutal de instituciones y costumbres. Difieren de los demás hasta tal punto que se duda si todavía son partidos. Están como fuera de la ley y se esfuerzan por sí mismos en sustituir la competencia reglamentada, que conduce a ventajas alternas, por una lucha sin cuartel que debe terminar en la victoria decisiva. Desde entonces, aunque no lo parezca, ya no son partidos, sino sectas. Considerando las normas de la moral y el derecho como hipócritas o caducas convenciones, persiguen sus fines subversivos por medios violentos. En caso extremo recurren al asesinato y al atentado. Se les acosa. Se refuerza en ellos la convicción de que no podían elegir otros medios, ya que se les reduce a éstos. Maffias, asociaciones terroristas, secciones de asalto, organizaciones ilegales son otras tantas formas diversas de un mismo fenómeno. Se crea una moral contra otra; una sociedad en el interior de otra y que trata de suplantarla.

Diríase que la abnegación y el espíritu de sacrificio, el fuego de la lealtad, aun criminal, se agrupan y se combinan contra un mundo todo debilidad. En estas condiciones, la sociedad, que sabe hasta qué punto es temible este asalto, casi no vacila en tratar como enemigos irreconciliables a quienes son fuertes en indomables virtudes que ella no puede emplear y que se volverían contra ella misma. He aquí el oscuro sentimiento que en cada ocasión inspira su actitud. En un par-

tido político no es el programa, por extremo que sea, lo que la sociedad condena, sino, por decirlo así, su temperatura moral, sus reglas rigurosas e incluso su densidad. Si el partido agrupa a individuos cuyas preocupaciones principales se mantienen ajenas, si sólo les pide contribuciones vagas, intermitentes, sin trascendencia, que son como un lujo en el conjunto de su existencia, poco importa que preconicen un régimen completamente opuesto al que se halla en vigor. Se le permite reclamar a su gusto instituciones fundadas en principios completamente distintos. Se le acoge e incluso se le halaga en vez de hostigarle. Y con razón. Pues está demasiado ligado a esta sociedad cuya modificación desea para poner realmente en peligro su actual estructura. Pero a un partido que agrupe afiliados que se consagran con toda su alma a una obra única, si exige y obtiene una abnegación sin reservas, no se le deja punto de reposo. No se reprocha a sus miembros el hallarse corrompidos, sino justamente ser conjurados e incorruptibles. Se adivina que son tanto más peligrosos cuanto más puros, es decir, sin nexo alguno con la sociedad misma, a la que nada deben, sin debilidades ante sus seducciones, perfectamente unificados en sus deseos, en sus convicciones, en sus actos. Son una especie de monjes, que de antemano se consagran como víctimas de su fe. Abandonando los goces de la existencia y la existencia misma, viviendo como en suspenso al servicio del gran designio que han formado y dispuestos a perecer por su triunfo, no esperan justicia ni piedad del mundo contra el que combaten. Solamente luchan para destruirlo y para sustituirlo por otro hecho de gloria, dicha y equidad.

En realidad se trata de culpables, pues se han apartado de la sociedad para abatirla. Su severa moral no vale más que para ellos mismos. Frente a las demás carecen de fe y de ley. No se consideran obligados a ninguna atención. Si la tensión llega a ser demasiado fuerte, acabarán comportándose del mismo modo que al fin se les trata: como criminales. En este punto no les falta la necesaria fuerza de espíritu, y la admiración que provocan entre sus compañeros los que osaron siniestras hazañas, la emulación que despiertan a su alrededor, la conciencia de haber servido a satisfacción la causa de su fanatismo, les pagan con



creces los peligros y les impulsan a afrontar otros más temibles. Desde ese momento la suerte está echada. El conflicto es irremediable. Corrió la sangre. Se necesitará una reparación absoluta. Ya no es posible reducir por completo a la secta. Humillada y perseguida, es también indomable y auténticamente llamada a triunfar.

No se subrayará bastante que un partido cualquiera no puede aspirar a la victoria total. Si no hay ruptura completa con la sociedad, nada será posible. Es preciso que cada afiliado tenga conciencia de estar excluido de ella para siempre. Sólo a este precio se asegura el espíritu de la secta la subsistencia contra viento y marea. Pero es difícil conservar esta voluntad de absoluta separación. Pues cada uno, al fin y al cabo, vive en la sociedad y está vinculado a ella por su familia, por sus amigos, por su oficio, incluso por el pan que se gana. Se encuentra constantemente bajo una presión difusa que le recuerda tan diversas afinidades, que le impide sacrificarlas en toda ocasión y que le invita a pensar a veces un poco en sí mismo. Además, es casi insólito que la promesa se mantenga por completo; todavía es más raro que se mantenga el pacto durante el tiempo necesario para que la secta se ponga en marcha y llegue a ser a su vez una potencia: hasta tal punto la ausencia del menor apoyo hace difícil la perseverancia. ¡Qué encarnizamiento no hará falta demostrar! Sin embargo, es esencial una secesión sin compromiso. Sin ella no ocurrirá nada decisivo. A ella se debe el primer impulso y es ella la que asegurará el triunfo cuando llegue la hora de recoger el fruto.

*

* *

Semejante tentativa suele encontrarse en el origen de las revoluciones. Quizá incluso se la encuentra en toda regeneración de las sociedades. No se reproducen éstas sin una previa escisión. Al parecer el mismo vocabulario lo indica, si es cierto al menos que “sociedad” y “secta” derivan de la misma raíz, bien manifiesta en todo caso en la última de las palabras y que significa “cortar”, “seccionar”. Las dos es-

pecies de agrupación se continúan, pues. Los que forman una secta fundan una sociedad restringida y densa que seccionan de la grande, pero que, al desarrollarse, puede llegar un día a absorberla. Nadie se une más que separándose y el primer acto es el de apartarse, pero por él mismo surge la asociación; hasta el eremita del desierto se consagra a una iglesia. Se trata de un sólo movimiento que al mismo tiempo consuma la ruptura y cimenta la alianza. Se rompe con el pasado y con las diversas raíces del antiguo orden. Se trata de abrir una nueva era. De hecho las revoluciones triunfantes, sean políticas o religiosas, inauguran de buen grado el calendario con el día de su victoria. Señalan así la iniciación de nuevos tiempos. Y no es simple vanidad, pues instituyen precisamente nuevas costumbres y nuevas máximas en una sociedad nueva. Transforman las relaciones humanas y hasta el curso de la historia. Una palabra gris y perdida entre las demás hasta ayer, aparece súbitamente preñada de sentido. Condensa las aspiraciones de un pueblo. Al tiempo que designa el supremo ideal y que aporta una consigna para los detalles de la vida, viene a ser como la medida común de una civilización. ¿Quién podrá extrañarse de que haya sido precisa una guerra para conseguir resultado tan amplio y tan profundo? ¿Qué más glorioso destino podía esperar una conjuración tan insignificante en sus principios? Debió animarla una voluntad muy grande para hacerle cumplir su prodigiosa carrera. La asistía por completo desde su humilde origen. Dudo que el mundo conozca algo semejante a este fenómeno, cuyos efectos parecen tan próximos a lo milagroso.

Atracción de la secta

Que una sociedad pueda salir de una secta o recibir de ella su impronta, no implica que toda secta haya de engendrar necesariamente una sociedad. Nada de eso. Las más de las sectas siguen siendo minúsculas, se disipan pronto o vegetan miserablemente. Algunas nunca existen fuera de una imaginación novelesca enamorada de cuanto sea poderío y misterio. Tal vez todas comienzan así. ¿Pero de dónde viene este soñar en una sociedad más perfecta que se aísla de la otra y que

es gobernada en la sombra por leyes rigurosas y puras? Y tan constantes ensoñaciones ¿tienen en la naturaleza misma de los hechos sociales una razón de ser que resulte difícil eludir?

No se educa al niño según aquellos mismos principios que se le aconseja observar tan pronto como se le entrega a su propio destino. Mientras permanece sin contacto con la vida colectiva, crece bajo la protección de su familia, sin apartarse de un círculo previsor y amistoso en el que todos se cuidan de hacerle la vida fácil y amable. Se le rodea de afecto y de cuidados. Sus gestos no tienen consecuencias temibles. Se mueve en un universo ideal, sin maldad ni obstáculo, en el que se le da lo que necesita sin que, para obtenerlo, tenga que hacer otra cosa que pedir. Sin embargo, debe respetar exactamente órdenes sencillas que se le enseña a observar a toda costa y en todas las circunstancias. Haciéndolo así, no se expone sino a consecuencias modestas, pero que a él le parecen terribles. Acepta de buen grado tales reglas sin matices, a veces duras y al menos siempre claras. Pero en cuanto sale del medio familiar y debe preparársele para que afronte solo los rigores de la existencia, se le hacen recomendaciones muy diferentes y especialmente más flexibles. Además se le previene de que no siempre debe seguir los preceptos que primero se le presentaron como absolutos. Estos cambios le desconciertan. Pero la experiencia le proporciona pronto una explicación. Por lo demás, estas contradicciones son inevitables.

“No mientas”, se dice al niño, y en seguida se le enseña a callar la verdad primero por cortesía y después por interés. De igual manera se le ordena que no sea adulator; pronto comprueba que la adulación es el camino del éxito. Se le invita a agradar a los poderosos que puedan ayudarle en su carrera. Entre la primera enseñanza y la que pronto ha de rectificarla es visible y continuo el divorcio.

Y no es posible prescindir de aquélla ni de ésta. En efecto, la mentira misma, para que se la crea, exige que sea obligatorio decir la verdad. Si no hubiese más que embusteros, si no hubiese deber alguno de ser veraz, no se confiaría en nadie y vendría a ser inútil mentir. De igual modo, la sinceridad garantiza el ardid y el jugador honrado permite

que el tramposo haga de las suyas. Aquél no es solamente su víctima sino también su condición necesaria. La hipocresía se ha de hacer pasar por virtud. No lo conseguirá si no hay virtud verdadera, es decir, si todo el mundo es hipócrita. Así ocurre en todo fraude: existe a expensas de la correspondiente rectitud. Por ello debe cuidarse de mantener esta reserva en el preciso instante en que le arrebatara una parte.

Es cierto que de ordinario no todo es cálculo. La mayoría de los hombres obran de buena fe: se cree instruir a los niños en los principios que inmediatamente es necesario corregir a causa de su misma bondad. Pues quien no los atempera parece ridículo y extremado en un mundo en el que todos los consideran un ideal, sí, pero demasiado por encima de las humanas debilidades. La sociedad, en conjunto, de ningún modo está compuesta de pícaros ingeniosos a los que su avisada previsión provee en cada generación de un lote de simples. Por el contrario, cuenta con una gran mayoría de gentes honradas que respetan la moral y desean que sus hijos sean tan honrados como ellos mismos. Solamente quieren preservarlos de las desgracias que el exceso de virtud ocasiona a los caballeros andantes. Por otra parte, procuran retrasar la iniciación todo lo posible: "Que conserven sus ilusiones, dicen; siempre aprenderán demasiado pronto las miserias de la vida".

Resulta que el adolescente se encuentra abocado a una decepción desde que tiene que enfrentarse con la sociedad. Sabe que tendrá que luchar y que las dificultades van aparejadas con la independencia. Pero espera la rudeza y la exactitud de un combate abierto. Se dispone a afrontar una prueba en la que el valor, la inteligencia, el ahínco son el punto de partida de llamados y elegidos. Pero cae en una riña solapada en la que triunfan aquellos recursos que se le enseñó a aborrecer y cuya equívoca naturaleza le repugna y choca con no se sabe qué instinto de lealtad y de grandeza, y en la que vanamente se esforzará en no ver sino un prejuicio. De hecho, el orgullo y el corazón se conciertan para recusar actitudes que igualmente les repugnan. Esta honradez relativa y mezclada de indelicadeza, condición común de los hombres, parece más odiosa que el crimen a un alma que sólo se siente atraída entonces por lo absoluto. La impostura instalada en la cima de

los honores, la complacencia considerada como un mérito y la hipocresía vista como excusa del mal y no como máscara que lo envilece más aún: no hacía falta tanto para ofrecerle el espectáculo de un escándalo intolerable y sin embargo incesante. Se olvida que la revelación puede ser trágica. El más sensible preferirá no insistir. “No puedo vivir en un mundo de estafadores”, escribe un joven antes de suicidarse. ¿Hay más significativa confesión? La mayoría, sin embargo, acaba por resignarse. Algunos entran en el claustro; otros intentan la aventura de ultramar. ¿Pero quién no ha soñado ante todo con una regla inflexible? Se aplica uno a imaginar un clima rudo y sano, cuyo aire puro resulte mortal para todo germen corruptor. No tendrán acceso a él el histrión ni la prostituta. Íntactas, en su completa transparencia, reinarán allí las virtudes que ingenuamente se esperaban del siglo, cuando éste es infalible en su mancha. En ese medio ideal se encontrará uno entre sus iguales, los deberes serán estrictos y será satisfactorio el honor. La lealtad será de rigor, como primera y fundamental disciplina. Pero engendrará la confianza, movimiento al fin que no se fuerza y que facilita los demás impulsos. Esta cándida revancha ya presente y define la secta.

Vuelta al orden

Ciertamente es considerable aquí la parte imaginativa. Creada por el anhelo y la aversión, la imagen, simple contraste de las villanías entrevistas, sólo exalta a menudo meras intenciones llamadas a permanecer vanas. Extremado, todo sigue siendo imaginario o prolonga en la adolescencia —cuando hay que entrar en el juego, más serio, de los adultos— los pintorescos juegos infantiles, despojados apenas del maravilloso atractivo que las novelas de aventuras suministraron a los conjurados pueriles. Entonces no eran más que siniestros emblemas, reuniones en los sótanos, pactos de sangre y juramentos sobre el pomo de los puñales. Quizás ahora se desprecian los accesorios de la mascarada, pero persiste su espíritu y alimenta la nueva actividad que hace

nacer súbitamente la necesidad de arrojar los fundamentos de una alianza ideal en el corazón mismo de un mundo sórdido.

Se compromete uno así a irreprochables fidelidades en servicio de conspiraciones sin objeto. Pues de ordinario —hecho notable— no se formula propósito alguno. Es la asociación por la asociación. No se aguarda provecho de esta coalición pura, que encuentra su fin en sí misma. No se le pide otra cosa que existir y en este simple hecho cumple enteramente su misión. Dota a cada uno de la conciencia de una especie de invisible superioridad que nada tiene que ver con el hombre público que representan a los ojos del vulgo, sino con su íntimo y verdadero ser, con aquél que, anónimo o encubierto bajo un nombre secreto, recibe completo apoyo de una fuente de energía desconocida que su propio esfuerzo alimenta en cambio. El súbito despliegue de ese oscuro socorro les asegura en todo instante una ventaja que nadie prevé y que consideran decisiva. ¿Hay algo más embriagador? Cada uno se siente respaldado por la fuerza indivisa que sirve con lo mejor de sí mismo. Así es al mismo tiempo su beneficiario y su forjador. Aparentemente sigue siendo un ser flotante, dócil, que se ocupa únicamente de sí, sin defensa ni ambición. Como un avaro que acaricia su bolsa, se paga todas sus privaciones con la idea de disponer, bajo sus harapos, de tantas riquezas y poder como un rey; se enorgullece de ser capaz de desarrollar, si le place, un poder cuyo misterio hace aparecer ilimitado, y no precisamente incierto.

Pronto se desvanece todo. Las asociaciones de un día se disuelven insensiblemente o se transforman en simples camaraderías que no dan ocasión a ningún sentimiento intenso. Entonces no hay más que resignarse a aceptar las costumbres imprecisas del mundo social, dejándose tentar por los encantos que ofrece a un entusiasmo decidido a vencer; resignarse a la común condición. Los efímeros conjurados abandonan su empresa, cuyo sentido les parece cada vez menos inteligible. Llegarán a extrañarse de haberla podido tomar en serio alguna vez. De hecho, nunca significó otra cosa que una aspiración cierta y natural del alma hacia un mundo autónomo, sin traición ni bajeza, capaz de darse a sí mismo sus leyes, que son estrictas, y en el que la lealtad

es indispensable y la justicia inmediata y terrible. Pero ahora todos admiten cada vez más la indulgencia e incluso la complacencia. Todos deben contar con ellas. Abandonan el orgulloso desdén que profesaban con respecto a facilidades cuyo provecho ya no se prohíben. Se habían desde ahora para todo a las turbias reglas del juego que todavía ayer juzgaban infamante.

Victoria y ruina de la secta

De este modo las sectas juveniles se reabsorben en sí mismas. Nacidas de ilusiones, de un pesar pasajero y no de un propósito firme, sucumben al primer asalto de la realidad. Pronto se dispersan, aniquiladas de antemano, y sin haber producido más que una agitación superficial, semiimaginaria, que no conmueve a la sociedad y que se calma sin dejar huellas. Las hermandades, por escasa que sea su importancia, si tienen bastante fuerza para subsistir, corren distinta suerte. Se emparejan con la vida adulta y no son una especie de ensayo desafortunado que la precede y que se desvanece prontamente. Las más humildes agrupan a los fieles de alguna extraña creencia, más ridícula que condenable. Las más difundidas establecen no se sabe qué complicidad vaga entre los adeptos de un mismo vicio: se reconocen, se ayudan mutuamente, se reúnen. Pero todavía se está lejos de una completa afiliación. Tanto en uno como en otro caso, nada sobrepasa el acuerdo parcial, limitado a su objeto y poco susceptible de afectar gravemente al orden social. La sociedad las tolera de buen grado.

De tarde en tarde, sin embargo, aparece en la historia un esfuerzo de mayor ambición. Jesuitas y francmasones, con su exigencia de una obediencia total, parecen perseguir fines tan desmedidos como ella. Bajo el secreto de que se rodean, bajo los juramentos que pronuncian, bajo la solidaridad que les une —cosas todas excepcionales y que la sospecha exagera más aún— se prejuzga un inmoderado apetito de dominio. La sociedad, captando esta vez designios oscuros y sostenidos con demasiada firmeza, piensa en combatir aquellas sectas, bastante poderosas, de las que cabe esperar que se propongan hacer prevalecer

sus intereses sobre los de la sociedad misma. Las disuelve o las expulsa, por tanto, y por lo general sin éxito. Las sectas se reagrupan, regresan, subsisten en la sombra, dejan pasar la tormenta y vuelven a la carga en seguida. Se acaba sacrificando algo para no perderlo todo. Por lo demás, su importancia creciente las instala en la sociedad. Al mismo tiempo son como domesticadas y cada vez piensan más en conservar que en conquistar. Se transforman en firmes sostenes del orden cuya reforma se proponían. Se establece un equilibrio, si no una buena armonía. Cada una se alía con alguna facción y participa por medio de ella en el gobierno. ¿Han vencido? ¿Han degenerado? No cabría decirlo con exactitud. Triunfo y decadencia marchan ahora de la mano. Las virtudes propias de la secta, en efecto, pierden su razón de ser cuando ésta ve satisfechas sus ambiciones y asegurada su influencia. La abandona el espíritu de sacrificio y de combate. Bien pronto, convertida en una simple coalición de intereses, recluta al ambicioso y no ya al rebelde. Deja de oponer a la sociedad un desafío y un ejemplo. Ya no está radicalmente separada de ella, de hecho o de propósito. Por el contrario, ambas llegan a una connivencia, ganada la secta por los vicios mismos que pretendía remediar. Se respira en ella el mismo aire corrompido contra el que antes era un refugio. Toda oposición entre la secta y el mundo se atenúa. Se disuelven aquellas altivas y temibles virtudes que antes se requerían de sus miembros. Sólo quedan los hábitos de discreción, de solidaridad, de astucia, que la hacen apta para toda clase de maniobras y le perpetúan así una existencia disminuida. Introducida en todas partes, reconocida en todas partes, ocupa un ventajoso lugar que la despoja de su virulencia. El éxito la satisface y la pierde al mismo tiempo. La entrega a las debilidades mismas que sometieron a los demás a su influencia. Le llega ahora el momento de sentirse vulnerable. Con la victoria llega su verdadera ruina, que no logró ni aun la persecución.

¿Cabría imaginar una secta capaz de sobreponerse a esta pérfida prueba? Sólo podría lograrlo imponiendo a la sociedad entera el rigor que le permitió conquistarla. Habría que educar a todo un pueblo en un

estado de fecunda servidumbre y dirigir hacia un fin único la suma inmensa de sus varias energías. Quizá es posible la aventura. Mas ¿a qué excelso fin destinar entonces la inmensa potencia que no cesa de acumularse? Cualquiera que sea, la respuesta parece escalofriante.

II

LA SECTA EN EL PODER

[Traiciona su misión al identificarse con la sociedad, a la que precipita fatalmente en la guerra.]

Como objetivo preciso, una secta puede proponerse la conquista del poder en el país en el que se forma. No persigue una influencia oculta, difusa; se propone apoderarse del Estado. Toma para ello la apariencia de un partido político y al comienzo se la trata como a tal. Parece tener un estatuto análogo y tender al mismo fin. Pero la sociedad distingue pronto el peligro: bajo una apariencia respetuosa de sus hábitos e instituciones, adivina la firme resolución de destruirlos. Efectivamente, ¿haría falta la disciplina severa, la absoluta cohesión, el fanatismo deliberado para un propósito menos radical? ¿Sería necesario despojar a los afiliados de cada uno de los escrúpulos que aseguran la convivencia de todos los ciudadanos; se destruiría en ellos el respeto de las leyes, de la verdad, del prójimo, en provecho de una ciega fidelidad, si no se tratase de crear instrumentos dóciles y eficaces para una lucha sin cuartel? A esos corazones duros que sirven una fe enemiga sin el menor temblor se les considera en seguida como un peligro para la moral y para el orden. Se les imputa como un crimen la violación de principios que dejaron de profesar al ver, a los mismos que son incapaces del menor sacrificio por la defensa de las máximas que llaman santas, reclamar de los demás y en su beneficio una sumisión que su propio ejemplo desmiente, pero en la que encuentran por cierto un provecho seguro.

En vano se recurre a la represión: ella fortifica a la secta. La obliga a desplegar una inventiva y una energía mayores. Sacando ventaja

de las disensiones de sus adversarios, aliándose con unos y contra otros, consigue romper el frente que se le opone. Así exige de la sociedad los mismos derechos de que promete privarla algún día. En suma, con engaño y violencia, pero también a fuerza de valor, abnegación e inteligencia, llega al término de sus esfuerzos. Se adueña de la nación sin haber perdido absolutamente nada de sus abruptas virtudes. Y lejos de creer terminada con ello su misión, emprende sin demora la de imponer a la sociedad entera el propio espíritu que la anima.

Organización de la nación

Inmediatamente arrebató al individuo sus derechos elementales y toda garantía contra el Estado que las leyes pudiesen ofrecerle. En adelante sólo ella hace y aplica la ley. No tolera ninguna autonomía y disuelve las asociaciones, de cualquier clase que sean, sospechando que puedan encubrir el menor rescoldo de oposición, estimular un fermento sutil de independencia o solamente ofrecer como una minúscula y fugitiva bonanza en la que por un instante hubiese posibilidad de respirar a cubierto de la tempestad. Procura que nada escape a su vigilancia ni a su dirección. Concentrando en sí toda autoridad, coloca en los puestos de mando no a los más dignos sino a sus hombres más seguros. Una jerarquía única y que actúa por su propia autoridad sustituye a los diversos poderes cuya rivalidad rayaba en lo arbitrario. Su concurrencia protegía la libertad y ofrecía algún recurso al desdichado, que podía reivindicar contra uno el apoyo de otro, librándose así de la excesiva iniquidad. Ahora todo es solidario y como formado de una sola pieza: no hay equilibrio ni límite a los caprichos del poderoso. El débil debe sufrir, y como la reserva y el silencio son sospechosos, lejos de quejarse e incluso de poder callar, debe marchar al unísono con los demás. Quien organiza el entusiasmo y el delirio no tolera que se permanezca al margen. Parecería una censura. La vida política entera es arrastrada en una especie de torbellino reglamentado, sorprendente composición de mecanismo de relojería y furor, que estalla cuando es preciso en aclamaciones frenéticas.

También preside la secta la organización del trabajo. Sólo ella establece planes y controla su aplicación. Todo lo hace entrar en marcos que establece primero, y reforma en conjunto y en detalle cada industria. Todo se convierte en preciso y duro: rigurosamente ajustado como en las mismas máquinas. Se reducen las pérdidas de energía, se siembra el barbecho, se recuperan los desperdicios. Hasta el ocio debe producir. Juegos, marchas, ejercicios, fortifican los músculos al mismo tiempo que desarrollan el espíritu de cuerpo. Y llega la fuerza por la alegría, descontada la docilidad.

En todas partes se instaura una distribución del esfuerzo mejor y más exacta, que multiplica su eficacia. Es virtuoso sacar partido de cualquier cosa. A este fin se prefiere el fanatismo a la competencia, y se le subordina ésta siempre que sea posible. Se piensa que sólo un ciego e ignorante entusiasmo dispondría de la audacia necesaria para atreverse a sobrepasar los obstáculos que habrían desesperado al técnico, demasiado ocupado en cuestiones profesionales y menos ansioso de pasar adelante a cualquier precio. La aptitud es forzosamente puesta al servicio de un ardor a veces temerario, pero de gran visión y que no se detiene ante casi nada. Bajo su brutal acicate pueden realizarse felices revoluciones que la prudencia y la rutina hubiesen demorado siempre. De tal suerte, la relajación general, las diversas negligencias, los derroches de toda especie, que son la carga ordinaria de toda sociedad, desaparecen a medida que la secta extiende sobre la nación sus métodos rigurosos y aprovechados. La vida entera se transforma.

Así, la secta necesita ampliar su dominio sobre el conjunto de la existencia. Deroega la distinción entre vida pública y privada. Todo hombre le pertenece por completo y en vano buscará un refugio en el que pudiera escapar a su avidez. Debe permanecerle fiel hasta en su recreo, en sus vanas palabras y en sus gestos de ternura. La secta vive entre los suyos, en la mesa familiar y hasta en el secreto de la alcoba. Está presente en todas partes, pues no se puede confiar en el amigo, en la compañera o en el pariente. El hijo denuncia al padre. Todas las virtudes, todos los respetos se concentran en el amor que se debe a la secta y que está por encima de cualquier otro sentimiento. Un solo

deber, que si es preciso ordena el crimen y absuelve de él, sustituirá desde ahora a las distintas observancias entre las que hasta entonces se repartía el corazón humano.

Persecución de los valores universales

De igual manera, la secta impone temas al arte, pues quiere verlo al servicio de la exaltación de su obra. Le impone también su técnica, que debe estar al alcance de todos y no testimoniar una singular maestría, inaccesible para el mayor número. Por otra parte, limita la investigación científica a los dominios en que los hallazgos pueden servir mejor a los nuevos fines propuestos. Prefiere las disciplinas susceptibles de ayudar a su esfuerzo. Mira las demás con sospecha y le da consignas que sería imprudente contravenir. Sus descubrimientos deben apoyarse en todo caso en la doctrina oficial. Se proscribe a quien osa desmentirla. Por lo demás, la secta desconfía del artista y del sabio por iguales razones: en su impulso a favorecer sobre todo la belleza o la verdad, ambos la traicionan naturalmente.

Sin embargo, se cuida aún más de la religión, que mantiene con mayor firmeza aspiraciones en las que no participa la secta y para las cuales no hay diferencia entre los hombres. Por eso persigue a las iglesias, que son sus rivales, que le disputan el alma de sus fieles y que por encima de las fronteras nacionales fundan comuniones en competencia con la que se esfuerza en establecer la secta dentro del país en que acaba de triunfar. Les pide que desistan al menos de su universalidad y que, juntando sus poderes con los de la secta, consientan en no agrupar más que a hombres que tengan ya en común la sangre y el territorio.

La secta, en efecto, debe perseguir primero todo valor universal. Sólo existe por oposición con el resto del mundo. Al identificarse con una nación, sólo lanzándola contra el universo podrá comunicarle su impulso y su vigor. En cuanto llega al poder se confunden secta y nación, y el poder de ésta viene a ser el suyo. Hereda los importantes recursos de un Estado, la historia de una patria y un pueblo entero que

sujeta a su disciplina pero del que llega a ser tan inseparable que ambos se encuentran ahora indistintamente alzados contra el género humano y sujetos decisivamente al interés supremo de su orgullosa grandeza. Nada que no tenga en ésta su principio y su fin, tiene valor alguno. Por poco que se deje de pensar en su gloria exclusiva, se sustrae a la nación lo que le pertenece. Hay que sacrificarle fortuna, vida, incluso honor; nada divino o humano podría preferírsele. Sólo es justo, sólo es cierto lo que ella decide. El único crimen es negarle su servicio; todo lo demás es meritorio, si se realiza por su orden o para su ventaja.

Funestos efectos del poder sobre las virtudes de la secta

En las nuevas condiciones ¿qué fué de las raras virtudes que condujeron la secta a la victoria? Se encuentran por fuerza alteradas. Cosa diferente es que un puñado de conspiradores use medios despiadados contra un mundo hostil y que una milicia segura de la impunidad espante y brutalice al amparo de las leyes a un pueblo indefenso. Sólo el peligro excusa la violencia. Si se comete cómodamente, como por señorío y sin arriesgar nada, ya no es valor, sino cobardía. Para atacar contra la vida ajena hay que poner en juego la propia; más aún, haber consentido en perderla más de una vez y, por decirlo así, haberla abandonado de antemano. Solamente quien se arriesga a recibir golpes más rudos de los que él propina, quien se expone antes de tener oportunidad de alcanzar al adversario, puede entregarse a oficios espantosos sin demasiado peligro para su alma. Una siniestra grandeza salva al asesino de encargo que ejecuta la sentencia de muerte que los suyos pronunciaron contra el símbolo o el agente de los poderes que les persiguen. En efecto, los que carecen de la protección de las leyes sólo disponen del asesinato como defensa legítima. A falta de otros recursos y a veces para obtenerlos, se ven incitados a desafiar a la sociedad entera mediante sacrificios sangrientos. Quizás no estén convencidos de que en su gesto todo sea inocente y puro. Tal vez habrían preferido actuar conforme a la justicia mejor que violando sus mandatos. Consientes de comprometerse por una vía maldita en la que no es fácil el

retroceso, se saben reprobados para siempre, exactamente como los que, no consiguiendo enternecer a los dioses, se atrevieron a desencadenar las fuerzas del infierno y quedan entregados a las obras demoníacas. Una sombría aureola les preserva al menos del desprecio.

Pero la fuerza que usa del terror como principal medio de gobierno es odiosa, si no la obliga a ello una gran necesidad. En todo caso, difícilmente se consideraría un héroe al funcionario que traza en su despacho, ante los nombres de una lista, las cruces que les destinan a una suerte fatal. En las cuestiones de vida y muerte se pasa además sin transición de lo heroico a lo abyecto. De hecho, pronto se encontrará en una prisión atormentando a los cautivos entregados a su arbitrio. La violencia no es ya el último recurso del perseguido, sino un recurso ordinario de dominio. No hay nada más fácil ni más grosero. Sus efectos son terribles. Ineludiblemente hace mártires y verdugos de las naturalezas mejores y más enérgicas. Y en cuanto al rebaño, se vuelve todavía más tímido y más vil de lo natural.

Así, el acceso al poder, que puede investir bruscamente de una nobleza inesperada a un corazón mediocre e inclinarlo a una grandeza y a una abnegación superiores a su capacidad anterior, puede también, tentando a los más altos caracteres mediante los ambiguos atractivos del goce y la crueldad, inclinarlos sin remisión posible hacia los caminos que mejor conducen a la corrupción.

Traición de la secta

Además de este peligro, que acecha indistintamente a los que reciben de improviso alguna forma de poder, la secta, en cuanto se hace cargo de una nación y se dedica a absorberla en sí misma, traiciona su principio esencial. Antes, a una multitud inmensa e incierta, reunida por el azar del nacimiento o de un suelo común y no por la elección de una voluntad libre, tenía que oponer un frente de seres fuertemente unidos por una vocación común. Reclutaba una *élite* de almas difíciles, que le aseguraban de golpe un nivel desusado de moralidad. Tal era el motivo inicial de su prestigio y de su seducción. Pero ahora necesita acep-

tar en sus filas a un pueblo entero. Impulsada por el temor o por el interés, penetra en ella una raza mal dotada que trae consigo sus hábitos para el ardid y el engaño, su sed de placer, de dinero y de halagos, en una palabra, todas las debilidades para las que no fué bastante severa la sociedad y que incluso dejaba expandirse con complacencia.

Al menos esos seres perjudiciales campaban antes en la sociedad sin conjugar demasiado sus esfuerzos, cada uno trabajando por su cuenta y satisfecho con la obtención de una ganancia proporcionada a sus medios. Una insensible transición llevaba del hombre indeseable al honrado. El espectáculo del triunfo debido a la impostura podía quebrantar una virtud poco firme. Pero esta tentación pertenece demasiado a la naturaleza de las cosas para que nadie aspire nunca a impedirle cumplir su papel: no hay más que vencerla, como a cualquier tentación. Si la corrupción no tuviese ventajas, ¿qué mérito habría en guardarse de ella? Así, aparte el ejemplo de su injusta prosperidad, los que para alcanzarla sacrificaban demasiado sólo causaban un daño difuso, esparcido, del que se era víctima sólo por azar, más a menudo testigo que víctima y tal vez tan cómplice como testigo. Pues a menos de romper completamente con el mundo, ¿quién se atrevería a negar en absoluto su parte de responsabilidad en las costumbres reinantes?

Pero la secta lo ajusta todo. No consiente diversión alguna en el perfecto engranaje cuyas diferentes piezas monta con rigor. No hay algo que no se disponga a emplear y cuya ociosa energía no reciba un destino determinado. Todo lo hace servir, tanto para evitar que algo pueda perderse como por no tolerar nada fuera de su dominio. Procura obtener la mayor eficacia posible de toda fuerza dispersa, reuniéndola y combinando sus efectos con otras de la misma especie. Así, en cuanto amplía su acción a un campo más vasto, como tiene que enrolar sin selección alguna a un gran número de seres indignos, pronto dejarán de ser virtudes las que la secta oprime sin piedad para obtener provecho de ellas, sino los instintos más bajos y elementales, hasta la envidia, la lujuria y la crueldad. Ahora se ve forzada a descubrir cómo utilizarlas, a poner a su servicio la propia omnipotencia y a apoyar en ellas la opresión. Los seres inferiores, cuya virulencia era antes limitada, tan

pronto como se instalan en el aparato del Estado, se ven provistos del más temible poder y tienen licencia para someterlo todo a su capricho, con tal de mantenerse dóciles y sumisos. Lo consiguen sin esfuerzo y rápidamente forman en la nación una jerarquía de déspotas que, fil-trándose en todas partes y sospechando de todo, sirven para conocerlo todo y para hacer cualquier cosa. Transmiten y aplican las órdenes que reciben de sus amos, fuerzan a sus inferiores a la mutua delación e in-forman con precisión a los superiores del grado de asentimiento o de resistencia que encuentra la nueva especie de gobierno que, para colmar un apetito insaciable de poder, recurre a un tiempo a la brutalidad y a la perfidia.

Todo abuso es sancionado pronto por la legislación. Los mejores se apartan, asqueados o eliminados por la intriga de los pérfidos. Poco a poco, las antiguas virtudes de la secta se comprometen y corrompen. Hechas para naturalezas excepcionales que deliberadamente se decidían a afrontar las más severas luchas, no resisten a la doble prueba que su propia victoria les obliga a sufrir. No encontrando obstáculo que impida su aplicación, los principios absolutos, que en un combate desigual constituyen la única esperanza de salvación, cuando se asegura el triunfo ya no sirven más que para aplastar al débil sin dejarle la menor probabilidad de escape. Las terroríficas máximas inventadas antaño contra la hipocresía, que fueron empleadas para desenmascararla, tienen que recibir ahora su peligroso tributo, cuando hombres sin valor ni dignidad creen llegada la hora de hacer carrera simulando adoptarlas. Desde ese momento todo se ha perdido y es mil veces peor que antes, pues la corrupción ya no es solamente tolerada por las leyes, sino que se ha convertido en su instrumento.

Fatalidad de la guerra

El régimen que conserva el sombrío y vehemente genio de la secta de que nació y que lleva al extremo las rudas recomendaciones que heredó de ella, también como ella se aplica a sacar celosamente partido de todo, sea saludable o nefasto. Como no se propone más que el éxito,

para obtenerlo no descuida nada. Explota la muchedumbre de un pueblo y los recursos inmensos de una nación con la misma energía insoportable que en los comienzos asoció a algunos hombres presuntuosos y excitados en una empresa de conquista que entonces parecía ridículo emprender. Pero cuando esta conquista, abrumadora y funesta en demasía ya, es al fin alcanzada, ¿por qué no deponer las armas? Una vez dueña del Estado, la secta debería disolverse en él y sus miembros volver tranquilamente a las costumbres menos rudas a las que invitan el ocio y la paz. Así ocurre a veces, pero sucede también que la secta llegue al poder en pleno ímpetu de sus nuevas fuerzas y con ambición redoblada. Reforma entonces la sociedad a su imagen y semejanza y la obliga a adoptar sus propias virtudes ardientes y temibles. ¿Con qué objeto? ¿Para qué desmedida conspiración? ¿Qué inaudito trabajo reclama tanta vigilancia y tantos cuidados? Una población entera está sometida a la disciplina propia de un grupo de conjurados. Se da a los ciudadanos como consigna una solidaridad sin límites a la que deben subordinarlo todo y que se convierte en su única ley. En los diversos dominios de la actividad nacional todo es regulado, unificado, conjugado con vistas al éxito en alguna empresa gigante de la que parece no atreverse nadie a decir el nombre.

Se trata necesariamente de la guerra. Ninguna otra finalidad concuerda con una movilización semejante, tan amplia que parece sobrepasar las necesidades ordinarias de la guerra misma y prever una nueva especie de batalla que no solamente afecte a los ejércitos, sino a cuanto hay en un pueblo de energías diversas. Se exige de todos una adhesión alegre y entusiasta, que no tiene nada de común con la sencilla docilidad. Se forman esclavos; pero esclavos que, lejos de dolerse de ello, escogen la servidumbre y se precipitan en ella con orgullo, seguros de que en la esclavitud reside el modo mejor y más completo de servir. Se instruye al mismo tiempo a los corazones en una especie de exaltación que les mantiene en la constante impaciencia de afrontar el peligro y la muerte por una causa santa, que les impulsa a servirla incluso mediante la traición y el deshonor. Se les persuade para que consientan el abandono de su libertad y de toda aspiración personal a

fin de participar en una gloria y en una independencia más altas, más seguras y como eternas, las que corresponden a la comunidad de la que todo lo reciben y a la que es justo remitir en correspondencia el beneficio de cada acción feliz.

Tales son los principios de una lucha que desborda el puro orden militar. Son los de una secta acostumbrada a arriesgarlo todo en encuentros desiguales, en los que se considera obligada a usar cualquier medio de combate para establecer el equilibrio. La secta organiza una nación con el mismo espíritu y con igual rudeza que empleó en su propia dirección. Todo se carga a cuenta de la empresa común. Ya no es cuestión de atentados ni de hazañas dispersas y raras como en un equipo de asesinos voluntarios. Se trata de la guerra declarada de hecho contra el universo. ¿Qué otra lucha concebir que guarde proporción con los recursos puestos en juego? El conflicto queda planteado desde el primer día y sin que nadie lo advierta. No conduce a él una decisión, un accidente, sino la naturaleza misma de las cosas, cuyas consecuencias en vano se habría procurado detener. Todo conducía a la guerra y solamente a ella. Todo la hacía fatal. Pues sólo la guerra —y la guerra conducida según esta fórmula inédita que todo lo abarca— exige tanta industria y tanta perseverancia, consume tantas reservas y tantas energías como se acumulan sin cesar, explica por último que se encuentre tan completamente despojado de sus derechos el individuo. Es un soldado y sólo debe obediencia. Por la misma razón se lleva tan lejos la solidaridad y se hace de ella la virtud suprema: hay que tratar al semejante como enemigo y dejar de respetarle como humano desde que ya no pertenece al propio pueblo. Tal es la regla de la guerra: si parece servir ahora para la paz, es porque no hay tal paz, sino sólo la apariencia falaz de la guerra.

La extensión de la secta a los confines de una nación significa, pues, el advenimiento de la guerra. Ella constituye el único combate que pueden preparar los extremos rigores que la nación hace habituales y la oposición que acusa entre ella misma y el resto del mundo. En efecto, ella se aísla de él y lo desprecia. Se cree amenazada por el mundo y aspira a conquistarlo, lo detesta y querría corregir sus errores, impa-

ciente como está de probar a un tiempo su fuerza y su virtud. ¿Qué otra prueba es necesaria de que las hostilidades son inevitables y ya han comenzado? No se trata de una querella de fronteras, de un debate entre dos reinos limítrofes, de ambiciones rivales o de una disputa de príncipes: un pueblo, una fe, emprenden una guerra santa por el dominio del universo. Se trata del Islam, de la República o del Tercer Reich que coaligan contra sí al mundo que ellos creen salvar a viva fuerza y al que sus armas regalan unos señores y un nuevo evangelio.

La guerra en estas condiciones deja de ser el desenlace brutal de un estado de cosas sin solución pacífica. Afecta a la naturaleza misma de la situación. La acompaña y la expresa desde el primer instante. La agresión es incesante, solapada al principio y crudamente manifiesta al fin. El fragor de las batallas, cuando se llega a ellas, no viene a romper la paz sino a establecer y presentar la guerra por ambas partes.

Presencia que inmediatamente ocupa el pensamiento de todos, que absorbe su esfuerzo y que hace de su existencia un continuo sacrificio; la guerra es también para ellos como la ceremonia suntuosa en la que coronarán con la ofrenda suprema una vida consagrada hace mucho tiempo al dios de los combates. Se la cree el fin último que persiguen los pueblos y la piedra de toque que los separa. Las únicas virtudes deseables son aquéllas que permiten presentarse con honor ante el bélico tribunal. Los filósofos no solamente enseñan sus beneficios y su fecundidad, sino también que representa un principio eterno al que la humanidad debe rendir a veces costosos y saludables homenajes en las batallas en que vuelve a encontrar juventud y vigor. Pronto se rinde a la guerra una especie de culto. Su religión reemplaza a las demás y se dice que sólo obtiene la vida eterna el guerrero que cae combatiendo o la mujer que muere al traer al mundo el ser que algún día ocupará su lugar. Todo corazón se eriza de invisibles estandartes que contestan a otros, que flotan en todas partes bajo el cielo, al hálito de los grandes vientos. Todos llevan los mismos emblemas que encantan la muerte. La loba, la media luna, la cruz gamada o el sol naciente del nipón, son simples imágenes que conducen a la muerte víctimas radiantes. El alma, ansiosa de éxtasis sangrientos, se dispone sin vacilar al sacramento que



califica para la inmortalidad. El hombre acepta y desea la guerra como la virgen el matrimonio o los suplicios el mártir. El temor y el escalofrío son también señales de la espera. El sufrimiento será delicia.

Para ejecutar sus resoluciones, la secta no delega ya en asesinos elegidos por suerte; en un envite total, arriesga el holocausto de un pueblo. Una apoteosis presidida por la muerte termina su triunfal carrera.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

Así se presenta el destino último de la secta: el mismo espíritu la anima desde la escisión original hasta el monstruoso choque en que encuentra su fin. Ya mantiene una frívola e inasible agitación, sin relación con el mundo y casi ideal. Ya dispone las grandes revoluciones y catástrofes de la historia: propone idénticas seducciones a la imaginación de los adolescentes, a la de los conquistadores y a los pueblos y los persuade a separar su suerte de la de un mundo inmóvil y cobarde en el que la preocupación por la prosperidad personal o familiar ahoga en la mayoría los incentivos de la aventura y del mar abierto. Tal es el primer punto de partida. Se quiere huir de una sociedad cuyas máximas sólo aconsejan la abstención en cuanto sea posible, aun a costa de la justicia y de la verdad, cuyo servicio efectivo no permite mucho reposo. La protesta instintiva contra una vida mediocre entre seres desconocidos que la existencia junta sin unir, aporta a una imaginación joven y ambiciosa la estampa de un grupo de compañeros selectos, fuertemente asociados en una lucha que el misterio, la abnegación y el heroísmo hacen cada vez más eficaz.

Vanamente se buscaría otro motivo para la constante atracción ejercida por las sectas: aparecen como la fuente inagotable del secreto y del entusiasmo, de la lealtad y del poder. Y quizá lo son en efecto. Quizá en los sueños pueriles o en las tentativas que no duran más que algunas semanas se encuentra el clima buscado, se hace el ensayo de virtudes necesarias que la sociedad no es capaz de practicar muy exactamente y que incluso no se atreve a elogiar demasiado. Se aprovecha de ellas, pero para desgastarlas. Lejos de cultivarlas con predilección, las deja agostarse. Desanima a los que se atienen a ellas, mostrándoles hasta

qué punto es ingenuo seguir principios que apenas respetan los demás. A veces incluso sabe poner un freno brutal al celo que inquieta demasiados intereses. Este comportamiento es frecuente. También es útil forjarse con igual frecuencia la idea de otro, completamente opuesto, en el que se haga provisión de rudeza, de intransigencia, de discreción o de cualquier otra norma de conducta cuyo aprendizaje no es posible más que en un estrecho círculo y bajo la presión de alguna necesidad.

Secta y sociedad se oponen, pues, de modo permanente y por el bien general. El espíritu de la secta refuerza, en quienes la sienten, la voz de la vocación que llama a formar parte de una *élite*. Les advierte al mismo tiempo de los deberes que son propios de tal carga. Les muestra las disciplinas particulares que deben aceptar si en verdad anhelan un destino excepcional. De ordinario la sociedad acepta las energías independientes que primero intentaron hacer carrera contra ella, y las aprovecha. Pero su rebelión las ha templado. Salen de ella más ricas, más capaces y más firmes. En adelante tienen que desgastarse. La sociedad en que se reabsorben se beneficia de un exceso de fuerza útil y las formas más elevadas de su cultura reciben en último término una preciosa aportación de empresas ilusorias, arrogantes y rebeldes en las que hay mucho de juego y de espejismo, pero que contribuyen a hacer del adolescente un adulto aguerrido mucho mejor que lo haría un crecimiento sin historia. El hijo pródigo hace mucho más por la civilización que el que no abandona el camino trillado. Raramente ocurre, sin duda, que la fuga conduzca a resultados válidos. Todo retorna al orden y a la seriedad. La secta, si llegó a formarse, se disolverá un buen día y sus proyectos audaces no serán más que un recuerdo. Cada uno, por consiguiente, trabajó para sí mismo. Los maravillosos objetivos no eran más que sueños y siguieron exactamente el destino frágil de los sueños. Pero la firmeza aprendida, los juramentos observados, el honor mantenido, constituyen una adquisición duradera. Pues ella sigue, sí, la ley de las pruebas del alma, en donde todo deja su huella y abre un camino. Todo inaugura en ella un hábito, la villanía como la nobleza. Todo crea y luego revela una inclinación, una disposición que viene a ser como natural, y las huellas e inclinaciones más antiguas son las

más profundas y también las más tenaces. Aprender la fidelidad y el rigor no es obra despreciable.

Sin embargo, servida por circunstancias propicias, la secta sobrepasa a veces ese modesto papel. Establece sólidamente su existencia y lucha por sí misma. Ya no cabe considerarla como una escuela transitoria y que dispensa a los alumnos ingratos, sin que ellos lo aperciban, una enseñanza que aprovecharán más tarde, cuando la hayan olvidado. Se apodera de sus miembros para toda la vida. Entra esta vez en abierta competencia con el medio en que se ha constituido. Adquiere una resistencia ante el acaecer que pronto es muy superior a las tentaciones o a las amenazas de que la sociedad dispone para reducirla. Define su doctrina y su designio. Entabla una lucha a muerte y se ve perseguida. La virtud es llevada al paroxismo y corre la sangre. Se coloca fuera de la ley y se acosa a los afiliados. Se quiere exterminar su germen. Estos, a su vez, designan víctimas para los golpes de los vengadores consagrados. Hay a veces dulces mártires que se abstienen de represalias, que renuncian a este mundo y que aguardan su triunfo en otro más clemente. Pero la secta persigue de ordinario una victoria completamente terrestre. Y así, en cuanto la obtiene, se arruina y se convierte en saldo de desastres.

Este instante es, en efecto, aquél en que la secta decae de su misión propia, que es reunir vocaciones. Su honor consiste en mantener la alianza jurada con individuos que se unieron libremente en el momento de aventurarse por un camino difícil. Pero si logran el poder, todo se vicia inmediatamente y la misma dureza que los arrastró al heroísmo los precipita en la ignominia. Se apoderan de una nación; ya no se agrupan selectivamente. Al acoger indistintamente en una comunidad demasiado vasta la cizaña y el buen grano, destinan en confusión a un pueblo embriagado a una injusta soberanía sobre todos los demás. Desde entonces el nacimiento constituye un mérito y viene a ser el principio de la superioridad. La sangre, la historia o las fronteras fundan la fraternidad; no ya la identidad de voluntades. El pasado decide el porvenir y envuelve en una suerte común a una multitud desigual en la

que más que de ordinario triunfa el peor, pues nadie está autorizado para procurarse aisladamente una perfección personal.

Los derechos propios de todos los hombres se niegan a la mayoría, y a ésta se la reserva para la servidumbre. A este fin se consagran sin descanso los recursos de la nación. Ninguno es exceptuado del reclutamiento, y cada energía, también movilizada, debe rendir su máximo esfuerzo. Nada menos es necesario para dominar un mundo. En efecto, las fuerzas que se acumulan y las virtudes que se cultivan son las que encuentran solamente en la guerra su empleo y su gloria. La conquista misma parece convertirse en accesorio. Al fin nace como una religión de la guerra que hace de ella el verdadero y último objeto de toda existencia colectiva, en la que se había imaginado ya absorber la existencia entera de cada uno.

*

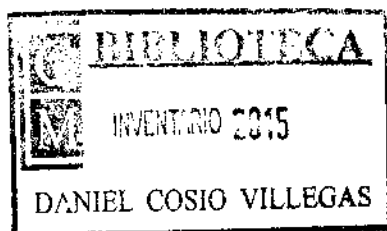
* *

¿Cabe imaginar una secta con el dominio de sí y la lucidez necesarios para no convertir jamás en fines cuya única seducción estriba en la natural fascinación por el horror las preciosas virtudes que su clima severo sabe desarrollar mejor que nadie? Sería preciso entonces que renunciase a las fuentes mismas de donde toma lo principal de su capacidad para suscitarlas y afirmarlas: al orgullo del aislamiento y al anhelo de poderío eficaz. Tendrá que abandonar la ambición de un poder en el que no haya nada dependiente de la materia. Pues para obtenerlo y más tarde para ejercerlo, necesitaría un socorro de la misma naturaleza. Para conquistar un mundo terrestre tendrá que apoyarse también en la gravedad de las cosas de la tierra. Se trata, finalmente, de una raza o de una nación, no de una pura *élite*, que se encontrará lanzada a la conquista del universo; y la secta habrá dividido a los hombres según un criterio del que no son responsables y en el que no tienen influencia alguna la elección ni el mérito, en vez de unirlos por sus afinidades y por las exigencias de su corazón.

¿Cabe imaginar, por otra parte, una fraternidad completamente espiritual? Hay que pensarla como formada de hombres dispersos, sin lazos con el mundo, unidos solamente por la solidaridad ideal que produce el hecho de seguir una ley común, que sólo colocan su orgullo, en fin, en una doble negativa: la de los bienes que complacen a la mayoría y la de los medios ordinarios de que dispone la coacción. No les quedaría más autoridad que la del ejemplo y la de una grandeza íntima de la que nadie podría despojarlos.

¿Pero no es esto algo así como inventar la santidad? Y en fin de cuentas, ¿hay algo más opuesto al espíritu soberbio de las sectas? Entonces deberá decirse que éste no es otra cosa que el primer desdén contra las celadas de la sociedad y del mundo. Sin embargo, este camino, si se persevera en él, conduce al abismo. Invita a virtudes terribles e infernales que, lejos de formar su carácter, no pueden ser sino un fermento para la sociedad. Pueden fecundarla, ser para ella como un abono fertilizante, el vivo origen de felices escándalos, pero también pueden arrastrarla a un vértigo en el que perdería la paz, el honor y la libertad. Su destino en este mundo es limitado. Y el que aspire a más, que comience, si quiere, por seguir esta ruta. Pronto tendrá que abandonarla.

Se terminó de imprimir esta JORNADA el
día 30 de julio de 1945, en los talleres
de la EDITORIAL SYLO, Durango 290.
México, D. F.



LISTA DE JORNADAS PUBLICADAS

1. José Medina Echavarría. *Prólogo al estudio de la guerra* (agotado).
2. Tomás Sánchez Hernández. *Los principios de la guerra* (agotado).
3. Jorge A. Vivó. *La Geopolítica* (agotado).
4. Gilberto Loyo. *La presión demográfica* (agotado).
5. Antonio Caso. *Las causas humanas de la guerra*.
Jorge Zalamea. *El hombre, náufrago del siglo xx*.
6. Vicente Herrero. *Los efectos sociales de la guerra* (agotado).
7. Josué Sáenz. *Los efectos económicos de la guerra*.
8. Manuel F. Chavarría. *La disponibilidad de materias primas*.
9. Manuel M. Pedroso. *La prevención de la guerra*.
10. D. Cosío Villegas, E. Martínez Adame, Víctor L. Urquidi, G. Robles, M. Sánchez Sarto, A. Carrillo Flores, José E. Iturriaga. *La postguerra*.
Alfonso Reyes, D. Cosío Villegas, J. Medina Echavarría, E. Martínez Adame, Víctor L. Urquidi, *La nueva constelación internacional*.
11. Raúl Prebisch. *El patrón oro y la vulnerabilidad económica de nuestros países*.
12. José Gaos. *El pensamiento hispanoamericano*.
13. Renato de Mendonça. *El Brasil en la América Latina*.
14. Agustín Yáñez. *El contenido social de la literatura iberoamericana*.
15. José E. Iturriaga. *El tirano en la América Latina*.
16. Javier Márquez. *Posibilidad de bloques económicos en América Latina*.
17. Gonzalo Robles. *La industrialización en Iberoamérica*.
18. Vicente Herrero. *La organización constitucional en Iberoamérica*.
19. M. F. Chavarría, A. Pareja Díez-Canseco, M. Picón-Salas, J. A. Portuondo, L. Alberto Sánchez, J. Vasconcelos, Jorge A. Vivó, J. Xirau. *Integración política de América Latina*.
A. Castro Leal. *La política internacional de América Latina*.
20. Francisco Ayala. *Ensayo sobre la libertad*.
21. J. A. Portuondo. *El contenido social de la literatura cubana*.
22. Antonio García. *Régimen cooperativo y economía Latino-Americana*.

23. Jesús Prados Arrarte. *El plan inglés para evitar el desempleo.*
24. Florián Znaniecki. *Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones.*
25. Renato Treves y Francisco Ayala. *Una doble experiencia política: España e Italia.*
26. John Condcliffe. *La política económica exterior de Estados Unidos.*
27. A. Carneiro Leão. *Pensamiento y acción.*
28. Antonio Carrillo Flores. *El nacionalismo de los países latinoamericanos en la postguerra.*
29. Moisés Poblete Troncoso. *El movimiento de asociación profesional obrero en Chile.*
30. José María Ots Capdequi. *El siglo XVIII español en América.*
31. Medardo Vitier. *La lección de Varona.*
32. Howard Becker y Philip Fröhlich. *Toynbee y la sociología sistemática.*
33. Emilio Willems. *El Problema Rural Brasileño desde el punto de vista Antropológico.*
34. Emilio Roig de Leuchsenring. *13 Conclusiones Fundamentales sobre la Guerra Libertadora Cubana de 1895.*
35. Eugenio Imaz. *Asedio a Dilthey.* (Un ensayo de interpretación).
36. Silvio Zavala. *Contribución a la historia de las instituciones coloniales en Guatemala.*
37. Roberto Mac-Lean y Estenós. *Racismo.*
38. Alfonso Reyes. *Tres puntos de Exegética Literaria.*
39. Agustín Yáñez. *Fichas Mexicanas.*
40. José Miranda. *El método de la ciencia política.*
41. Roger Caillois. *Ensayo sobre el espíritu de las sectas.*



Distribución exclusiva:
FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Pánuco, 63 - México, D. F.